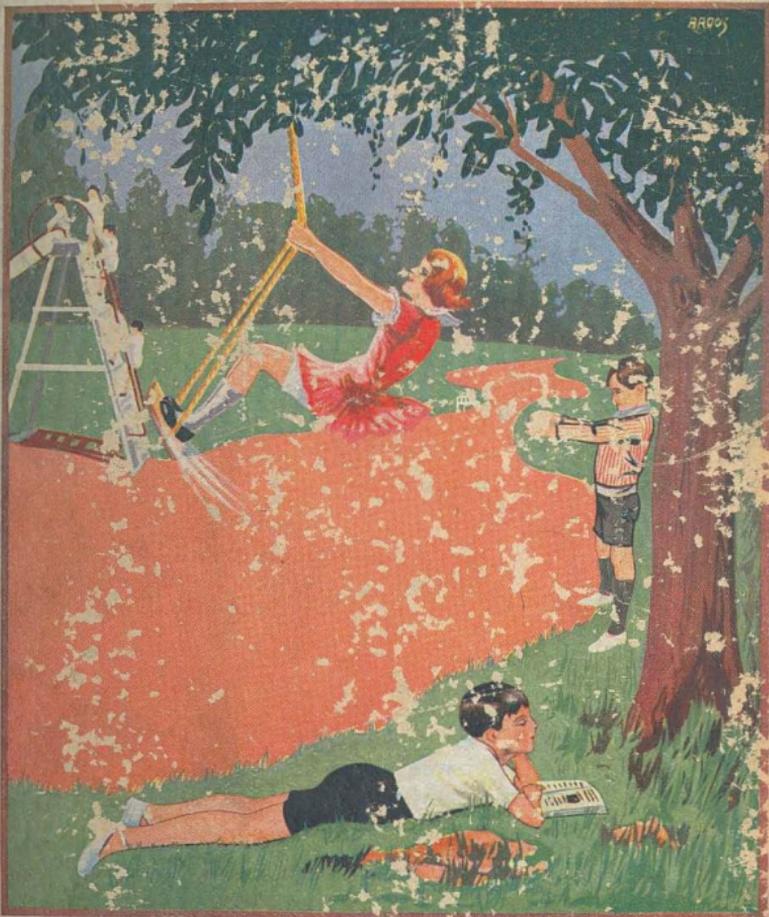


92

GE REY CAZES

MUNDO INFANTIL



LECTURAS PARA TERCER GRADO

PRECIO DE VENTA \$ 1.40

Biblioteca Nacional de Maestros

LL
1930
REY

10
12 2



00056437

del
199

Mundo Infantil

1919
180

Es propiedad. Que-
da hecho el depósito
que marca la ley.

JORGE REY CAZES

Dupl. del
Nº 29.299

O. R.
C. N. de E.

Exp. 2852-B/1934

29.299

e

Q-4

36

Mundo Infantil

LECTURAS PARA TERCER GRADO



ISELY y Cía. — Río Bamba 761

BUENOS AIRES

1 9 3 0



Biblioteca Nacional de Maestros

La vispera

Es el último día de vacaciones; mañana iré nuevamente a la escuela.

¡Tres meses sin pisar sus aulas, sin correr por sus patios, lejos de mis maestros y de mis compañeros!

¡Cuánto deseo que llegue el día de mañana!

¿Qué señorita será mi maestra este año? Desearía estudiar otra vez con la señorita Clarisa.

No sé lo que me pasa. Entro, salgo, tomo los útiles, los miro, los dejo por décima vez sobre el escritorio; corro a mi dormitorio, vuelvo a ponerme el guardapolvos que llevaré mañana a la escuela, me lo quito, lo extiendo sobre la cama. . . ¡Qué impaciencia y qué nerviosidad!

Todo está pronto y; sin embargo, tengo la impresión de que me faltara algo.

¡Cuánto hay que esperar para que llegue el día de mañana!



Canto al Ahorro



Aquel humilde granito
que nuestra mano regó,
se ha convertido en el árbol
que flor y sombra nos dió.

El vellón y la pajita
que el viento raudo llevó,
en el árbol son un nido
lleno de suave calor.

Mirad cómo la natura
nos manda en cada estación,
escondida en la semilla
su más hermosa lección.

La fortuna es como el árbol,
la pajita y el vellón:
guardemos los centavitos
y tendremos un millón.

* * *

De regreso

¡Qué pronto pasó el primer día de clase! En el patio de la escuela me encontré con todos mis compañeros del segundo grado.

Se hallaban Roberto, Andrés, Roque, Elvirita, Herminia, Laura, Tomás y el italianito. A Carlos Albani no lo vimos. Seguramente este año concurrirá a otra escuela.

Cuando sonó la campana, todos nos quedamos firmes en nuestro lugar, mirando a la señora directora, la que después nos hizo formar, entregando cada grado a su maestra.

La nuestra es la señorita Marta.

Los alumnos que tuvo el año pasado la quieren mucho. Dicen que es muy buena.

Todos estamos muy contentos con la señorita Marta.





Nuestra maestra

Durante el recreo nos agrupamos en un rincón del patio y comentamos lo que nos acababa de decir la maestra. Todos estábamos alegres y satisfechos.

La maestra es tan alta como la señorita Clarisa, aunque un poco más delgada. Su cabello, que es negro y ensortijado, sirve de marco a una cara de aspecto bondadoso y simpático.

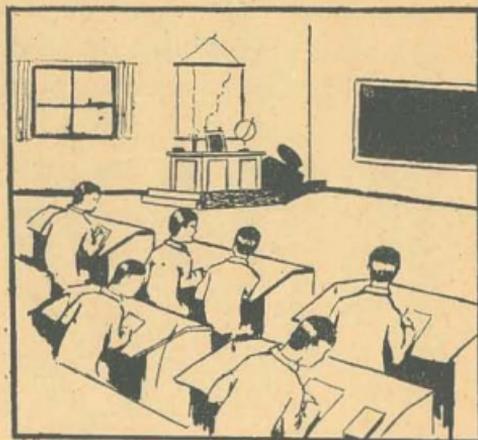
Se llama Marta. ¡Qué bien suena: “señorita Marta”.

Habla muy lentamente, con una voz clara y suave, sin levantar jamás el tono.

Todos creemos que vamos a aprender mucho, y en nuestro rostro se observa la promesa de portarnos bien y estudiar cada día más.

Con una maestra como la señorita Marta, sería imposible hacer lo contrario.





Una buena amiguita

Después de habernos indicado nuestros bancos, la señorita se colocó al frente de la clase y nos dijo:

—Desde hoy y durante nueve meses vamos a vivir juntos. Como sé que todos ustedes son muy buenos y les agrada el estudio, estoy segura que sabrán comportarse dignamente y que siempre serán merecedores del título de alumnos de esta escuela, a la que tanto queremos.

No olviden que no sólo yo soy la maestra de ustedes: también lo son todas las demás de la escuela, y a todas deben respetar y escuchar con la misma atención y cariño que a mí.

Recuerden siempre que cada compañero es un hermano a quien se debe prestar en todo momento la ayuda que necesite.

Yo seré para todos una amiguita a la que nunca le molestarán las preguntas. En los recreos quiero verlos siempre a mi lado, para que me interroguen y hablen conmigo. Eso ha de agradarme mucho.

—¡Qué buena es nuestra señorita! — pensé yo al oirla, y estoy seguro que ese era el pensamiento de todos mis compañeros.



Acuarela

Es la mañana; lirios y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa, que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.



Llena sus manos de lindas flores
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.



El Ciervo

Un ciervo sediento se acercó a un arroyuelo. Al ir a beber, vió su cara reflejada en el cristal de las aguas.

Satisfechísimo quedó al contemplar sus cuernos tan largos y enramados. Al mirar sus piernas, sin embargo, su orgullo se convirtió en pena:

—¡Cuán débiles y delgadas son!

De repente surgió un león, que se arrojó sobre él.

El ciervo echó a correr y se adelantó a la fiera; mas al entrar en el bosque, sus cuernos enredáronse en unas ramas, y el león le atrapó al punto.

Entonces el ciervo exclamó:

—Qué necio soy. Mis piernas, que acusaba de débiles, quizá me hubieran salvado; mientras que estos cuernos, de los que me mostraba tan orgulloso, me han perdido.

(Adaptada).



PARA EL HERMANITO



Dibuja estos muñecos en una hoja de cartón, coloréalos y recórtalos. Son cuatro lindos juguetes para tu hermanito.



En la playa

Quise escuchar a las olas
allá en la orilla del mar,
y cada grano de arena
su historia empezó a contar.

Fueron todos una roca
azotada por el mar
rugiente, que con sus olas
desmenuzó sin cesar.

Quise hablar con las estrellas,
me puse el cielo a mirar
y en el azul de la noche
clara, las vi titilar.

Me dijeron las estrellas
en su suave resplandor,
que en la tierra fueron ellas
dolor más dulce que amor.

Pajarillos que cantáis
la belleza de la luz,
si las alas me prestáis
cruzaré ese mar azul.

Pajarillos que cantáis
la belleza de la luz,
si las alas me prestáis
cruzaré el espacio azul.

Lola Piñeiro de Morales.



El Lobo y la Ardilla

La ardilla, saltando de una a otra rama, cayó sobre un lobo adormilado. El lobo la atrapó y se dispuso a devorarla.

La ardilla le suplicó que la dejase con vida.

—Bien, — dijo el lobo; — te daré libertad, pero debes decirme por qué vosotras, las ardillas, parecéis siempre tan satisfechas. Es extraño que yo esté siempre enojado mientras vosotras estáis contentas y jugueteáis todo el día.

La ardilla respondió:

—Me das miedo y no me atrevo a hablar; deja que suba a esa rama y te explicaré lo que deseas saber.

El lobo la soltó.

La ardilla subió al árbol y desde lo alto díjole a su perseguidor:

—Andas siempre descontento de ti mismo porque eres malo. La ferocidad se ha adueñado de tu corazón. Nosotras vivimos siempre contentas porque somos buenas y no hacemos daño a nadie.

(Adaptada).



Consejos de una aguja

Oye, niña, los consejos de tu aguja:

Soy para ti una nueva amiga, pero nuestra amistad debe ser larga; no nos abandonaremos la una a la otra en muchos años.

Yo seré quien te inspire ideas serias.

Ya ves como empiezo a enseñarte a desempeñar en la vida el papel de mujer, puesto que desde el momento en que empiezas a utilizar-me, comienzas a ser útil a la sociedad.

Soy el emblema del trabajo. El trabajo es la vida, la actividad, la dicha; todo trabaja en torno tuyo.

Para colocarme en tus manecitas, millares de hombres han cavado la tierra, han extraído de sus entrañas el tosco metal; lo han fundido, lo han purificado, lo han pulimentado, y a fuerza de trabajar, han conseguido labrarme tal como me ves, fina y ligera.

Para elaborar la tela que estás cosiendo, millares de trabajadores han soportado el sol en climas ardientes; otros, moviendo las máquinas inventadas por la ciencia, han hilado y tejido el fino vellón blanco.

Para proporcionarte el hilo que has enhebrado en mí, infinidad de hombres han la-

brado la tierra, sembrando la semilla. Seca ya la planta, ha pasado a otras manos, que de su tallo muerto han sacado este hermoso hilo, tan blanco y tan suave.

Como ves, todos han trabajado para ti. Trabaja a tu vez para todos, a medida de tus fuerzas; sé la dicha de la casa, el ángel del hogar; alegra las horas de tu padre cuando vuelva fatigado del trabajo; brinda contento y paz a tu madre, para endulzar sus sinsabores y para que sus tareas le sean más gratas.

(Adaptada).





Tres recetas

Para no ser borrachos,
no hay más receta
que examinar en otros
la borrachera;

Para ser generosos
sin gran esfuerzo,
meditar lo que sufren
los avarientos;

Y para hacer menores
nuestros quebrantos,
presenciar los ajenos
y consolarlos.

Tengo como infalibles
estas recetas,
que escribió la doctora
doña Experiencia.

Ossorio y Bernard.



Manuel Belgrano

En el año 1770 nació en Buenos Aires don Manuel Belgrano.

Cuando el 25 de mayo de 1810 los patriotas constituyeron la Primera Junta de Gobierno Patrio, incluyeron a Belgrano como miembro



de la misma en calidad de vocal, y poco después lo enviaron al frente del ejército mandado al Paraguay para apoyar a ese pueblo hermano que, como el nuestro, anhelaba in-

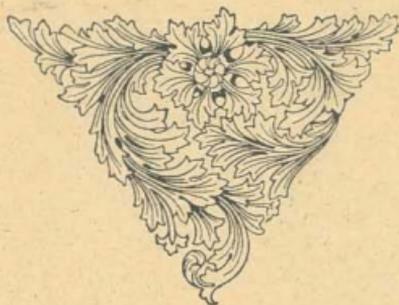
dependizarse.

De regreso de esta expedición, y en vísperas de marchar al norte, Belgrano creó la bandera argentina, con cuyos colores triunfó en Tucumán y Salta.

Cuando Rivadavia partió en misión diplomática a Europa, fué Belgrano quien le acompañó. El objeto de este viaje era obtener, sin derramar más sangre, la independencia nacional. Regresó dos años después, convencido de

que para conseguir la tan deseada libertad no había más camino que la lucha, y tomó otra vez el mando del ejército del Norte. En 1820 bajó a Buenos Aires desde Tucumán, falleciendo el 20 de junio de ese año.

Con él desapareció una de las mayores glorias cívicas de la guerra de la independencia.





Los pollitos

Elvirita tiene en los fondos de su casa un pequeño gallinero. Todos los días llega hasta él con una bolsita llena de maíz y arroja un puñado de granos delante de la gallina, la que se adelanta en seguida llamando a sus polluelos.

Los pollitos, en bandada, la siguen.

Cuando llegan hasta los pies de Elvirita, donde está la comida, la gallina rompe cada grano de maíz a picotazos. Junto a ella, los pollitos picotean hábilmente el alimento.

Estos animalitos de cabecita redonda, de pequeños y brillantes ojos negros, de pico tan graciosamente formado y de plumón fino y amarillo, son realmente adorables.

Bob



Este es Bob, mi perrito. Obsérvalo. Es un animal inteligentísimo; hace pruebas, guiña los ojos, saluda, imita a otros animales.

Además, es muy obediente. Viendo que yo lo iba a retratar, se ha quedado quietecito en la actitud que correspondía.

El sol y el viento

El sol y el viento discutían cual de los dos era más fuerte.

La discusión fué larga, porque ninguno de los dos quería ceder.

Viendo que por el camino avanzaba un caballero, acordaron probar sus fuerzas desarrollándolas contra él.

—Vas a ver — dijo el viento — como con sólo echarme sobre él desgarrar sus vestidos.

Y comenzó a soplar cuanto podía.

Pero cuanto más esfuerzos hacía el viento, más oprimía el hombre sus ropas, protestando contra él, pero caminando, caminando siempre.

El viento, encolerizado, descargó sobre el viajero lluvia y nieve, pero el hombre no se detuvo.

Comprendió el viento que no era posible arrancarle sus ropas.

Sonrió el sol; mostróse entre dos nubes, recalentó la tierra, y el pobre caballero, que se regocijaba con aquel dulce calor, quitóse su saco y lo llevó en el brazo.

—Ya ves, — dijo el sol al viento — con el bien se obtiene más que con el mal.

(Adaptada).

* *

Los amigos y El oso



A dos amigos se aparece un oso.
El uno, muy medroso,
en las ramas de un árbol se asegura;
el otro, abandonado a la ventura,
se finge muerto repentinamente.

El oso se le acerca lentamente:
mas, como este animal, según se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderle le registra y toca;
no le siente el aliento
ni el menor movimiento,
y así se fué diciendo con recelo:
“Está tan muerto, sí, como mi abuelo”.

Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del árbol se desprende muy ligero;

corre, llega y abraza al compañero,
pondera la fortuna
de haberlo hallado sin lesión alguna,
y al fin le dice:

—Sepas que he notado
que el oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser?

—Diréte lo que ha sido:
sólo estas dos palabras al oído:
Aparta tu amistad de la persona
que si te ve en el riesgo te abandona.

Samaniego.



En el Puerto

(Composición).

El domingo le pedí a papá que me llevará al puerto. Papá accedió en seguida.

Después de almorzar tomamos un tranvía que nos dejó cerca de un sitio que llaman dársena, el cual sirve de entrada a los diques.

Papá me informó que el puerto de Buenos Aires tiene dos dársenas: la norte y la sud; pero que además existe, pasando la Plaza del Retiro, el Puerto Nuevo, donde también "amarran" los buques, lo mismo que en el Riachuelo, aunque aquí sólo "anclan" los de menor "calado".

Entre las dársenas norte y sud se extienden cuatro diques.

He observado que algunos barcos tienen dos y hasta tres chimeneas; papá dice que son buques de "ultramar", pues van a los países más lejanos, cruzando mares y océanos. La fuerza necesaria para navegar se las comunica el vapor de las "calderas".

También hay veleros, pero muy pocos.

Los buques a vapor y los veleros llevan desde el nuestro a otros países: trigo, maíz,

lino, cueros, y, cuando regresan, vienen cargados con máquinas de toda clase, tejidos, pieles finas y muchas otras clases de productos que se guardan en grandes depósitos construídos en las proximidades de los diques, y de donde se retiran más tarde para venderlos en todo el territorio de la República.

Dice papá que este medio de comunicación acerca mucho a los hombres y les permite conocerse mejor y ayudarse los unos a los otros.





Sarmiento y los libros

La maestra, para que los tengamos siempre presentes, nos ha hecho copiar en una cartulina los consejos que daba Sarmiento a los lectores sobre el cuidado de los libros.

Sarmiento aconsejaba:

Nunca tomes un libro con manos sucias.

Nunca mojes el dedo para volver la hoja.

Nunca ajes las esquinas.

Nunca dobles una página para señal.

Nunca dejes el libro abierto.

Nunca lo dejes sino en lugar seguro.

Cuando pasan las tropas

Cuando pasan las tropas
me estremezco de orgullo...
¿No son estos soldados los mismos
de Junín y Ayacucho?

Cuando pasan las tropas
siento no sé qué júbilo,
porque allá, en lo más hondo del alma, sospecho
que son los soldados más bravos del mundo.

Cuando pasan las tropas
con aquellos banderas que sonríen al triunfo,
porque llevan, luciendo en sus franjas,
nuestros soles de Mayo y de Julio.

Cuando pasan las tropas
con aquellos soldados robustos
que si fueran mañana a la muerte
morirían radiantes de orgullo.

Cuando pasan las tropas
con su aspecto marcial y seguro
con aquellas cureñas lucientes
y aquellos cañones augustos...

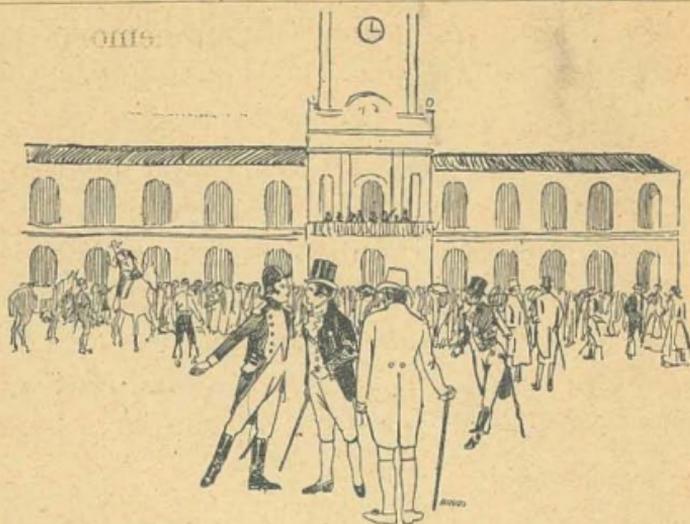
Cuando pasan las tropas
en las tardes de Mayo y de Julio,
esta sangre que llevo en las venas
me estalla de júbilo
y reviven en mí los abuelos
que al compás del tambor de Ayacucho
repararon dos veces las cimas de América,
que son las montañas más altas del mundo.

Luis María Jordán.





EL PEQUEÑO ESCULTOR



Veinticinco de Mayo

En vísperas del 25 de mayo, la señorita nos habló sobre la lucha que tuvieron que emprender nuestros abuelos de 1810 para darnos una Patria grande, libre e independiente.

Terminó su clase leyéndonos un artículo que se publicó en un diario que aparecía en Buenos Aires en el año 1814.

Llevaba por título “Veinticinco de Mayo” y decía en uno de los párrafos:

“¡Autores y cooperadores de la presente época! Recordad vuestros heroicos sacrificios: ellos os imponen otros tantos deberes. No olvidéis la sangre que han vertido nuestros hermanos; la suerte de la tierra empapada con

ella, será el mejor monumento a su memoria y la más dulce recompensa de nuestros trabajos.”

Al relatar esta clase en casa, papá me dijo que las palabras escritas en 1814 son tan ciertas y bellas, que deberíamos tenerlas presentes en todo momento y esforzarnos siempre porque la Patria argentina sea la más hermosa y libre; la que asegure mayores beneficios y bienestar a todos los hombres del mundo.





La piedra en el camino

Un hombre viajaba en la montaña por un camino muy angosto; al llegar a cierta parte del mismo encontró una gran piedra que le impedía seguir andando. Trató el viajero por todos los medios de apartar el obstáculo que le interrumpía su marcha, pero todo fué en vano.

Entonces se sentó, lleno de tristeza, y dijo:

—¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimentos, sin abrigo, sin defensa alguna, a la hora en que las bestias feroces salen para buscar su presa?

Y mientras así pensaba, otro viajero llegó; el recién llegado hizo lo que el primero había hecho, pero sus esfuerzos fueron inútiles, no pudo mover la roca. Y después vinieron otras personas más, pero ninguna pudo mover la piedra.

Por fin uno de ellos dijo a los otros:

—Hermanos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si no podríamos hacerlo todos juntos?

Se levantaron todos y todos a la vez empujaron la piedra, y la piedra cedió, y todos continuaron su camino en paz.

(Adaptada).



Una Excursión en Omnibus

Ayer realizamos un paseo en ómnibus.

¡Cuán grande y hermosa es nuestra ciudad!

Creía conocer el trozo de Patria donde nací, pero ahora comprendo que estaba equivocado. Nunca imaginé su extensión y belleza.

El Bosque de Palermo, la Rosaleda, la Barrancas de Belgrano, la Plaza Francia, el Balneario, la Avenida Alvear, la Costanera, el Parque Lezama, el Rivadavia, y muchos otros son lugares espléndidos que invitan a gozar las bellezas de la naturaleza.

¡Con qué gusto se respira el aire en esos sitios!

Fué una excursión que dejó en todos nosotros el deseo de repetirla.

—Yo también lo deseo, — nos dijo la señorita. — Le pediré a la señora directora que nos autorice a realizar una o dos cada mes.





Cómo se ama a la patria

¿Quieres que tu Patria sea fuerte, grande y próspera? Pues empieza por ti mismo. Robustece tu cuerpo; fortalece tu espíritu; aspira a ser grande; persigue un ideal elevado; trabaja con ahinco, con fe y con perseverancia para alcanzarlo.

Sólo con el amor firme y generoso de sus hijos se labrará la grandeza, la prosperidad y la gloria de la Patria.



La bandera de Mayo

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellon
por eso en las regiones de la victoria ondea
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
para saber qué pueblos necesitaban de él;
y llanos y montañas atravesando, y ríos,
la libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul,
ni la pupila impávida del águila un momento
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

(Fragmento).

José María Gutiérrez.



La lectura

Encontréme una vez con un hombre, tan viejo, que ya había perdido la cuenta de sus años. Hablé con él, y me mostró poseer alta sabiduría. Yo le pregunté:

—¿Cómo habéis aprendido tanto, abuelo?

El me repuso:

—He vivido mucho. En mi vida, he visto sucederse las generaciones y las cosas. Así he aprendido lo que sé. Pero mi hijo sabe más que yo.

Fuí a ver al hijo de ese viejo decrepito y encontréme con otro viejo, aunque no tan decrepito. Hablé con él y me demostró poseer sabiduría aun más alta. Yo le pregunté:

—¿Cómo habéis aprendido tanto, padre?

El me repuso:

—He leído mucho. Sólo en los libros he adquirido mi sabiduría. . . Pero mi hijo sabe más que yo.

Fuí a ver al hijo de ese viejo, y me encontré con un hombre en la plena madurez de la edad. Hablé con él, y me demostró poseer aún más alta sabiduría que su abuelo y su padre. Y le pregunté:

—¿Cómo habéis aprendido tanto, hermano?

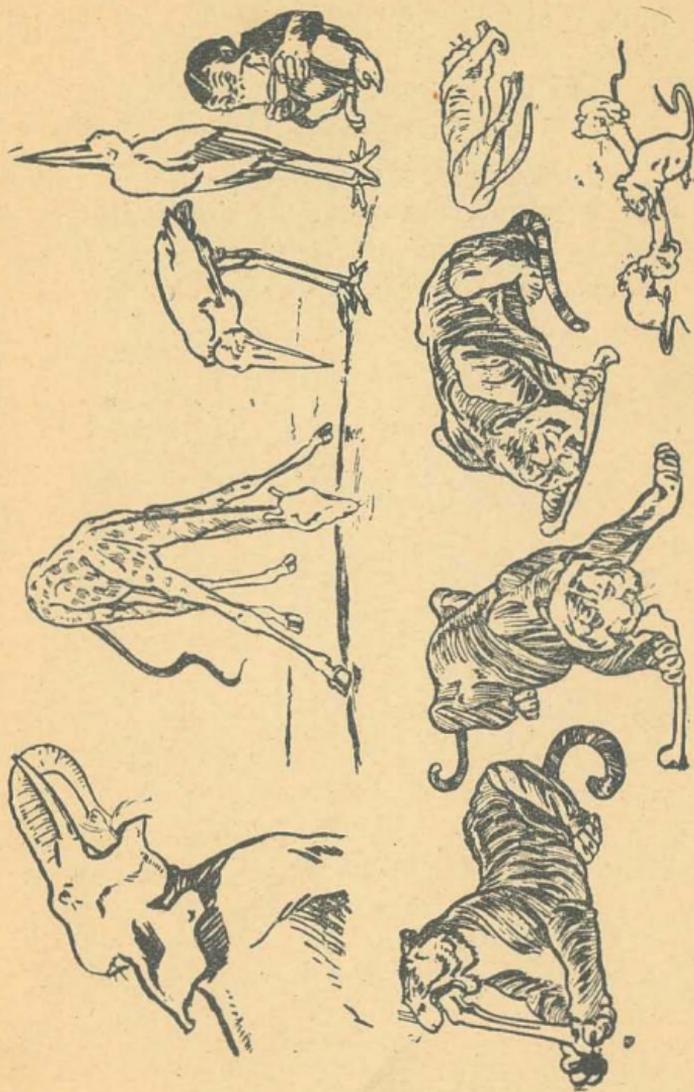
El me repuso:

—He leído algo y he vivido algo.

Así comprendí yo que la mayor sabiduría no se adquiere únicamente observando la vida ni leyendo sólo en los libros, sino al cambiar oportunamente las observaciones de la vida con la lectura de los libros.

Carlos O. Bunge.





LOS HABITANTES DEL ZOO: La hora del almuerzo.

Mañana es nunca

No se debe dejar para mañana
lo que hoy se puede hacer, pues la pereza
por ser amiga empieza;
después de ser amiga ya es tirana;
causa luego gravísimo perjuicio,
y por último es vicio
que roba el bienestar, mata la calma
y nos desgarrá sin piedad el alma.

La actividad, en cambio, es el escudo,
mejor de la virtud; es fuerte nudo
con el que vemos a la dicha unida
y a la salud, encantos de la vida.

Ossorio y Bernard.

Máxima. - Si amas la vida, no pierdas el tiempo.



El manantial

En un caluroso día de verano, tres viajeros se reunieron junto a un fresco manantial.

Este se encontraba al lado del camino; rodeábanle algunos árboles y fino y húmedo césped; el agua, pura y cristalina, caía en un recipiente naturalmente hecho en la piedra, luego se vertía para esparcirse por la pradera.

Los viajeros descansaron a la sombra de aquellos árboles y bebieron agua del manantial.

Junto a él vieron una piedra sobre la que se leían estas palabras: “Pareceos a este manantial”.

Los peregrinos leyeron la inscripción y después se preguntaron su significado.

—Es un buen consejo, — dijo uno de ellos, que era comerciante. — El arroyo corre sin cesar, va lejos, recibe agua de otros y se hace un gran río. Así, el hombre debe imitarle ocupándose de sus asuntos, y siempre triunfará y conseguirá riquezas.

—No, — dijo el segundo viajero, un joven. — A mi entender, esa inscripción significa que el hombre debe preservar su alma de los malos instintos, de los deseos malos; su alma debe ser tan pura como el agua de este manantial. Actualmente, esta agua da fuerza a los que, como nosotros, se detienen para beber; si hubiera atravesado el universo, si el agua estuviera turbia, ¿qué utilidad tendría? ¿quién la querría beber?

El tercer viajero, que era anciano, sonrió y dijo:

—Este joven tiene razón. El manantial dando de beber a los sedientos, enseña al hombre a practicar el bien indistintamente, sin esperar recompensa y sin contar con el agradecimiento.

Tolstoi.

* *

Las tres cosas del sabio chino Lean



Un sabio chino, llamado Lean, decía que:

Tres cosas deben cultivarse: *La Verdad, la Industria y la Conformidad.*

Tres cosas se deben gobernar: *El Carácter, la Lengua y la Conducta.*

Tres cosas deben apreciarse: *la Cordialidad, la Bondad y el Buen Humor.*

Tres cosas se deben defender: *El Honor, la Patria y los Amigos.*

Tres cosas se deben imitar: *El Trabajo, la Constancia y la Lealtad.*



La enfermedad de Roberto

Roberto concurrió ayer a la plaza de ejercicios físicos, y después de haber traspirado, en un momento en que el profesor atendía las preguntas de otros compañeros, corrió hasta la fuente y bebió agua casi helada. Ayer hizo mucho frío.

Esta mañana no pudo levantarse. Le dolía la cabeza y estaba muy ronco. La mamá, después de observar su estado, llamó inmediatamente al médico.

El doctor, terminado el examen del enfermo, afirmó que era una leve bronquitis, y que por el momento no existía peligro alguno. Dijo que debía quedarse en la cama durante una semana, sin comer, y ordenó que se hiciera preparar una bebida que recetó, para que la tomara cada dos horas.

—Estas enfermedades no son graves, pero son traidoras, — dijo. — El peligro no está en ellas, sino en las consecuencias que pueden sobrevenir.



Las abejas

La mañana es espléndida. El día invita a pasear. Iré a ver trabajar a las abejas.

Los simpáticos insectos han salido de la colmena y, después de revolotear algún tiempo en torno de ella, se lanzan al campo.

Helos ahí recorriendo el espacio en busca de flores para libar el néctar de sus cálices perfumados.

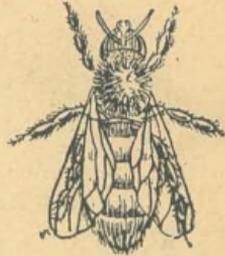
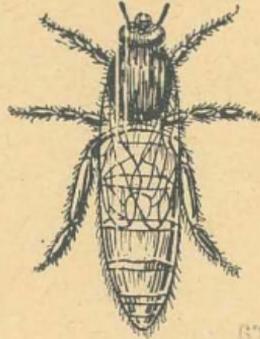
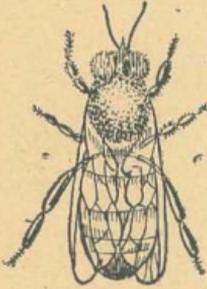
La miel exquisita que tanto nos gusta, la fabrican las abejas en sus panales.

Varias veces han recorrido el camino entre la pradera y la colmena, siempre ágiles y siempre preocupadas por el bien de todas sus compañeras.

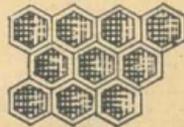
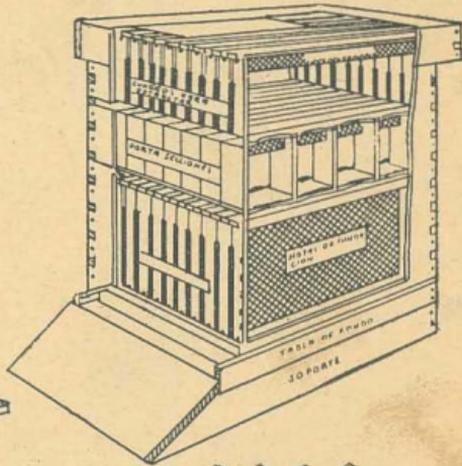
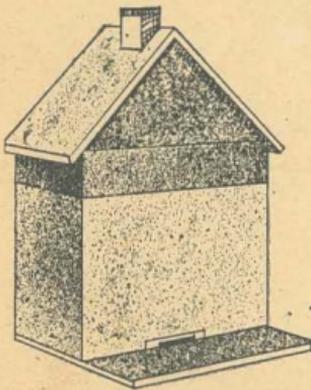
Cuando obscurece, vuelven. Si alguna está ausente, no crean ustedes que es por pereza o por cansancio; su falta se debe con toda seguridad a un accidente, pues ninguna dejaría por nada de este mundo su casa, su reino, su patria. Nada entibia su ardor, nada aminora su su paciencia.

¡Qué felices vivirían los hombres, si todos imitaran a las pacientes, hacendosas y disciplinadas abejitas!

APICULTURA



STR



Maríposas

Ora blancas, cual copos de nieve,
ora negras, azules o rojas,
en miriadas esmaltan los aires
y en los pétalos frescos retozan.

Leves saltan del cáliz abierto
como prófugas almas de rosas,
y con gracia gentil se columpian
en sus verdes hamacas de hojas. . .

Una chispa de la luz les da vida,
una gota al caer, las ahoga.
Aparecen al claro del día
y ya muertas las halla la aurora.

Gutiérrez Nájera.



El regalo de papá

Papá conoce mi afición al trabajo manual y sabe que especialmente me agrada usar las herramientas de carpintero.

Esta mañana, al levantarme más temprano que de costumbre, ya que es el día de mi cumpleaños, tuve una grata sorpresa: se me obsequiaba con un banco de carpintero y un juego de herramientas.

Allí estaban las clavijas, la sierra, la garlopa, el escoplo, el formón, el compás, la escuadra, la barrena, el maso, el martillo. No faltaba ni el recipiente para la cola de pegar.

Uno de mis deseos se ha cumplido; por fin podré terminar mis modelos en casa, y llevar a la práctica, en los momentos desocupados, mi gran anhelo: construir un ropero y una biblioteca.



Un fiel guardián

Tenemos en casa un buen amigo, que es a la vez excelente guardián. Se llama Sultán.



Sultán es un perro de policía, grande, de pelo rojizo y brillante, hocico alargado, ojos pequeños y vivos.

Cuándo lo trajeron, cachorro todavía, era hosco y gruñón con nosotros. Nos inspiraba más temor que simpatía. Poco a poco, sin embargo, fué acostumbrándose a nuestra compañía, hasta convertirse en lo que es ahora: en un verdadero amigo.

Es fiel, animoso y vigilante. Nos inspira tanta confianza como guardián, que a veces lo dejamos al cuidado de la casa, convencidos de que en nuestra ausencia, quedando él, todo está seguro.



La convalecencia

Roberto ya está autorizado para abandonar la cama durante algunas horas cada día, pero todavía no sale de su habitación. Hoy fuimos a visitarlo y nos dijo que las horas le parecen muy largas. Para entretenerlo, sus hermanitos juegan con él a las damas y al dominó; pero su distracción más agradable es ocuparse de su álbum de estampillas de correo, que colecciona desde hace dos años. Las clasifica, las pega y luego invita a sus amigos a que la revisen. Tiene a su lado un gran mapamundi y señala y contesta con gran seguridad cuando alguien le pregunta sobre la ubicación de un país cuyo nombre por primera vez conoce al verlo impreso en una estampilla.

Su papá dice que es uno de los entretenimientos más interesantes e instructivos.

Si Roberto, que siempre fué tan cumplidor de las órdenes de sus maestros, no hubiese desobedecido esta vez, no estaría ahora enfermo, seguramente. El mismo se ha comprometido a ser en lo sucesivo el buen alumno de siempre.





El trabajo de la tierra

En una maceta planté una planta de patatas.

“¡Vaya una idea!”, dirán algunos: “¡ir a sembrar una patata en una maceta de flores!”

Digan lo que quieran, es lo cierto que la patata o papa es una linda planta y que en otro tiempo un rey se dignó adornar su ojal con flores de patata.

Mi patata brotó, se crió muy bien y en el otoño recogí una docena de hermosas patatas.

Sin cambiar la tierra de la maceta, planté en ella de nuevo otra patata en la primavera siguiente.

Esta última planta brotó en malas condiciones y no tardó en perecer. ¿Por qué?

“Porque la tierra estaba agotada”, me dirán, sin duda. Pero no debe de ser así, porque en la misma tierra sembré un puñado de trigo y creció maravillosamente. La tierra que no

podía alimentar las patatas, nutrió muy bien mis granos de trigo.

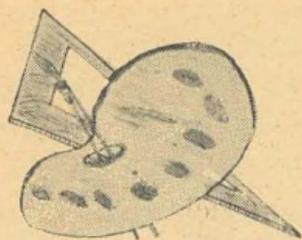
Lo que yo hice en mi maceta y me ha salido tan bien, es lo que los agricultores hacen en sus tierras y se llama alternar los cultivos.

La tierra, si se le hace producir siempre las mismas plantas, se cansará muy pronto como la de mi maceta. Es preciso, pues, alternar constantemente y con regularidad los cultivos.

En este punto cada país tiene sus costumbres, pero hay que evitar que las mismas tierras produzcan con frecuencia las mismas plantas.

M. Guyau.





Un artista

El italianito, mi compañero de banco este año, es uno de los mejores alumnos del grado. Nadie más estudioso, más puntual, más atento que él. Además, es muy simpático y excelente como compañero. Todos lo queremos.

La profesora de dibujo está orgullosa de él. Dice que tiene inteligencia y condiciones para llegar a ser un verdadero artista.

¡Qué bien dibuja y con qué gusto y maestría maneja los pinceles! Pinta al óleo y a la acuarela. Hace hermosos paisajes, copia objetos de todas clases, pinta animales y personas con un parecido admirable.

Me ha dicho que le prepara una sorpresa a la señorita. Está pintándole un retrato al óleo, para regarárselo al terminar el año. Trabaja en él desde el mes pasado y lo hace con gran cariño.

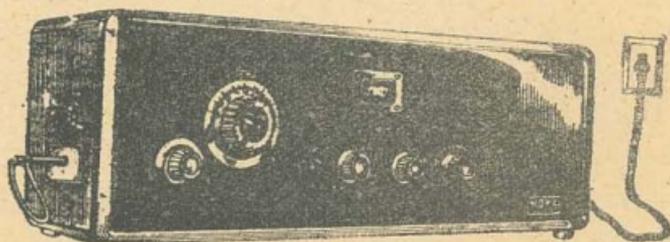
—Estoy muy contento — me decía hoy. — Yo creo que nunca he hecho nada mejor que el retrato de la señorita.

La hora amena

Como todos los sábados, hoy, en la última hora de clase, la maestra nos llevó al salón de actos públicos, donde cada uno de nosotros ocupó su respectivo asiento; luego la señorita se sentó frente al aparato de radiotelefonía y sintonizó con la onda que en esos momentos se transmitía desde el Consejo Nacional de Educación para todos los niños del país.

El altoparlante, como siempre, se portó muy bien. Con voz clara y potente nos ofreció una audición interesantísima. Constaba de tres partes: en la primera hablaron sobre el “mimbre”, luego recitaron una poesía titulada “Oración del campo” y terminaron el acto con el cuento llamado “Doña Inconvenientes”.

El momento que pasamos cada sábado frente a la bocina es uno de los más agradables del día; el nombre mismo con que se le designa lo dice: “La hora amena”.



Oración del campo

Agua que saltas
en los regatos y en las acequias,
murmuradora
como una vieja de mala lengua;
agua que corres en la pradera
bajo los olmos y las acacias,
en que los pájaros
revolotean como chiquillos.

Agua que llevas al sementero
frescor de vida,
agua que manas entre las grietas
y los juncuales de la ladera.

Agua que triseas en la montaña
como una oveja,
agua que cruzas en la floresta
entre los huertos
de pompa regia,
de limoneros y de naranjos.

Agua que ruges en la caldera,
agua que ondulas en el estanque,
agua que sueñas en el remanso,
agua que gritas entre las piedras,
agua del cielo, agua del río,
agua del lago: ¡bendita seas!

(Fragmento).

Carlos Mellado.

Consejos a los niños

—Sois pequeños, sois alegres, jugáis: estáis en la edad feliz. Vamos a ver: ¿queréis — no digo ser siempre felices, ya veréis más tarde que no es fácil — sino no ser nunca completamente desgraciados?

Sólo hacen falta dos cosas, dos cosas muy sencillas: amor y trabajo.

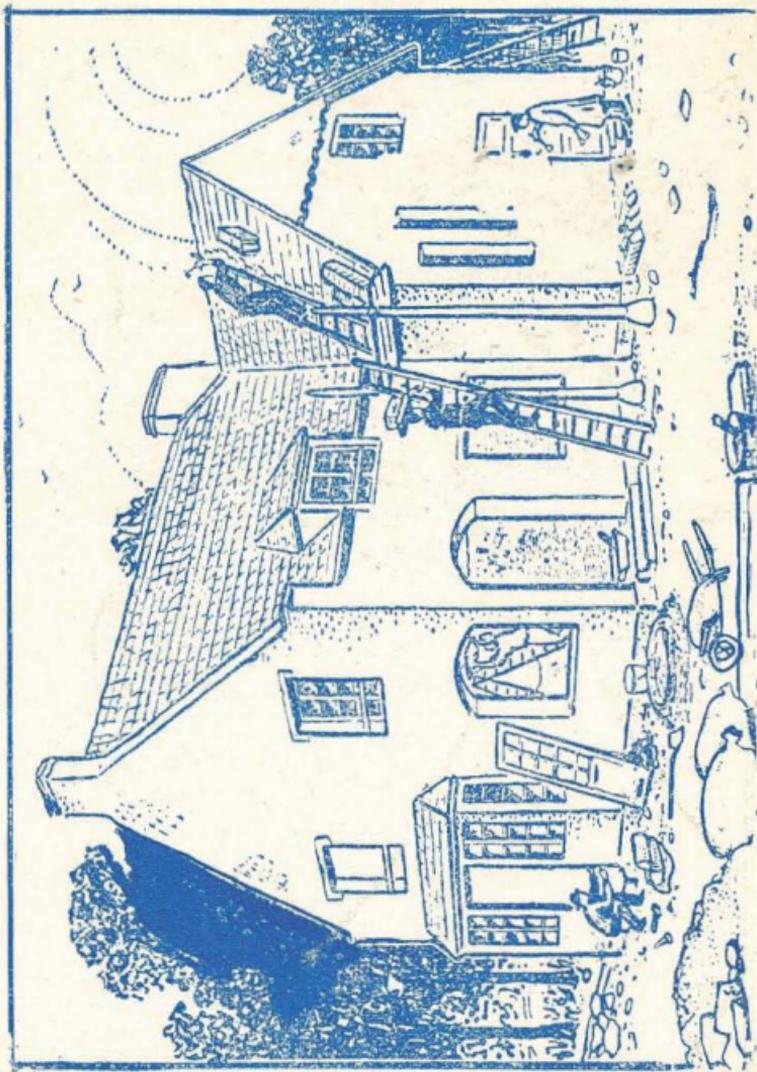
Quered mucho a los que os quieran, amad a vuestros padres, sobre todo a vuestra madre; así aprenderéis insensiblemente a amar a vuestra patria, que es la madre de todos.

Además, trabajad. Por ahora trabajáis en instruiros, en haceros hombres y cuando habéis trabajado bien, cuando habéis dado satisfacción a vuestros maestros, ¿no os sentís más ágiles, más dispuestos? ¿No jugáis con más entusiasmo? Siempre ocurre lo mismo: trabajad y tendréis la conciencia satisfecha.

Y cuando tenemos la conciencia satisfecha y el corazón contento, no es posible que seamos desgraciados.

Victor Hugo.





LOS ALBANILES. — Tema de composición oral y escrita.

El mimbre

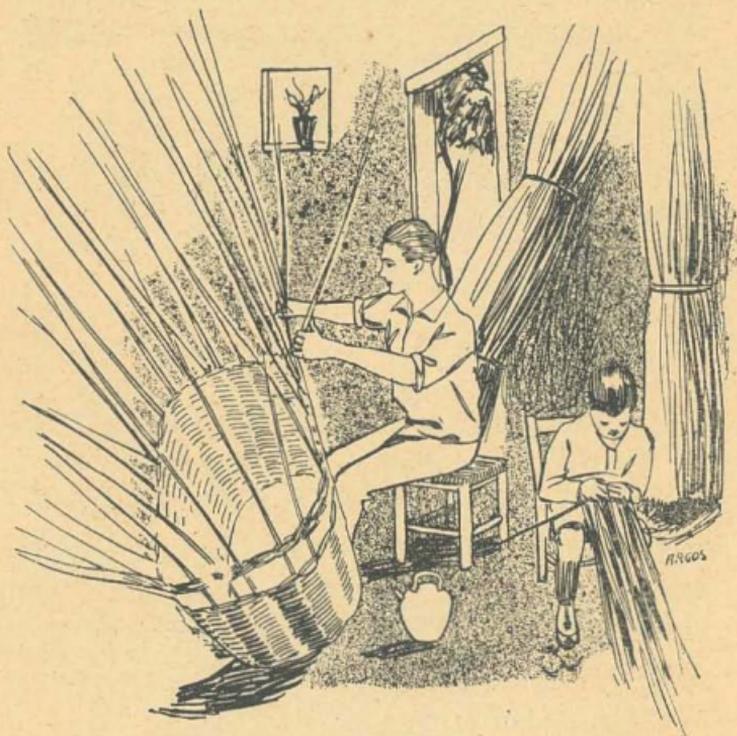


El mimbre es un arbusto de ramas delgadas, que crece a orillas de los estanques y de los arroyos, con el que “el cesterero” fabrica “cribas” para los “aechadores” de trigo, cestas para varios usos, “cuévanos” para los “vendimiadores” y hortelanos y “canastas” de diversas formas para las amas de casa que se dirigen al mercado.

Se llaman “mimbrerales” los sitios plantados de mimbres. Una vez que la planta se halla suficientemente desarrollada, se cortan las largas ramas, cuya corteza es lisa, lustrosa

y de un bonito color amarillo o rojizo. Luego se atan en manojos.

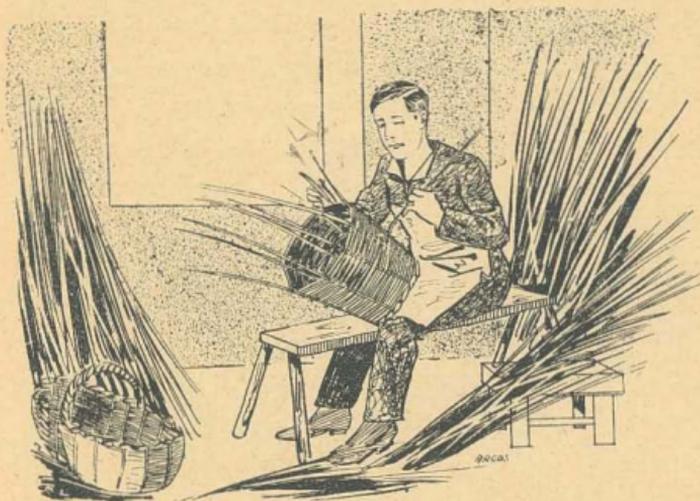
Para los trabajos ordinarios se usa el mimbre con su corteza; para los trabajos delicados se eligen las ramas más finas y se les quita la corteza, quedando aquellas completamente blancas. Si se deja la rama entera se llama



“mimbre redondo”; si se divide a lo largo en hebras más menudas, se le da el nombre de “mimbre hendido”.

El cestero tuerce, dobla, entrelaza las hebras de mimbre como pudiera hacerlo con los hilos de una trenza.

El mimbre redondo y grueso forma la armazón de la cesta y las hebras más delgadas, entrecruzadas y muy apretadas, llenan los espacios de aquél, dando solidez a la obra. ¡Si vieran ustedes con qué agilidad se ejecuta este trabajo!



Los tres amigos

Un hombre tenía tres amigos: su dinero, su mujer y sus buenas acciones. Estando a punto de morir, envió a buscar a los tres para despedirse de ellos.

Dijo al primero que se presentó:

—¡Adiós, amigo, me muero!

El amigo le respondió:

—¡Adiós! Cuando hayas muerto, haré que luzca un cirio por el descanso de tu alma.

Llegó el segundo amigo, despidióse y le prometió que le acompañaría hasta la tumba.

Por fin llegó el tercero.

—¡Muerto soy! — dijo el agonizante. —
¡Adiós!

—No digas adiós, — le respondió el amigo.
— Yo no me separaré nunca de ti; si vives, viviré; si mueres, te seguiré.

Murió el hombre; su dinero le dió un cirio, su mujer le siguió hasta la tumba, y sus buenas acciones acompañáronle, igual que en vida, después de muerto.

Tolstoi.

Doña Inconvenientes

Quiero explicaros cómo Elisita llegó a llamarse doña Inconvenientes.

Lleva muy bien sus diez años. Es una niña inteligente, fuerte y muy capaz de hacer las cosas perfectamente; pero tiene un defecto que, a no corregirlo ahora, mientras es todavía niña, podría en el porvenir hacer de ella una mujer muy desgraciada.

En todas las circunstancias encuentra siempre una dificultad, o ha de poner una sombra. Nunca está conforme y vive amargada y amargando su día y el de los demás.

Su hermanita, que es menor, es una chica dispuesta y alegre, capaz de allanar todas las dificultades que le opone a cada instante su hermana mayor.

Pero un día, viendo la obstinación de Elisita, no pudo menos que decirle:

—¡Eres doña Inconvenientes!

Y desde entonces le quedó ese nombre.

Si había que limpiar, lo suyo era más difícil y no encontraba nunca la escoba. Estaba cansada o ya había hecho demasiado. En fin, antes de empezar, perdía bastante tiempo en esa protesta inútil, puesto que el trabajo era menester hacerlo.

La hermanita la invitaba a jugar y ella ponía sus impedimentos; que la muñeca no tenía traje, que la cocinita no andaba bien; y mientras sacaba a relucir tantos “peros”, su hermana ya había vestido a la muñeca o encendido el fuego en la cocinita.

Salían a pasear y doña Inconvenientes hablaba, desde el cabello a los zapatos, cien trabas; y he aquí que resultara siempre la más atrasada en vestirse, porque mientras iba de acá para allá, buscando lo que necesitaba, su hermanita se arreglaba tranquilamente.

En la escuela, doña Inconvenientes también solía decir sus cosas. Ya era la lección muy larga o el deber muy difícil o el dibujo muy complicado. Lo cierto es que mientras las compañeras entregaban su trabajo al toque de campana, ella se veía obligada a perder su recreo para terminarlo.

Y así, todos los días, nuestra niña se acarreaba un sinnúmero de inútiles disgustos, por no aceptar lo que le proponían.

Los contratiempos no enmendaban a doña Inconvenientes. Su mamá la observaba continuamente y la corregía siempre que era posible. ¡Todo era inútil!

Un día su primita Inés vino a pasar una semana con ellas. Era esta niña laboriosa, alegre y simpática. Con su modito suave supo

conquistarse a doña Inconvenientes, y con caricias y risas conseguía lo que quería.

—¿Qué te parece? ¿Limpiamos la casa? ¡Sí, querida, no me digas que no! ¡Vamos, así todo estará más lindo!

Y doña Inconvenientes, sin decir palabra, hacía lo que su prima le había pedido.

Llegó a tener vergüenza de ser como era y, poco a poco, disminuyeron los obstáculos, y a una invitación respondía con un sí que adquiría cada vez mayor seguridad.

Las dificultades se hicieron menores, y un buen día fué ella la que con verdadera alegría, corriendo hacia su hermana y su primita, les dijo:

—¿Chicas, vamos a jugar?

El cariño y la emulación habían corregido a nuestra niña de un defecto que puede hacer muy desdichada a una mujer.

¡Es tan lindo tener siempre la mejor buena voluntad para hacer las cosas!

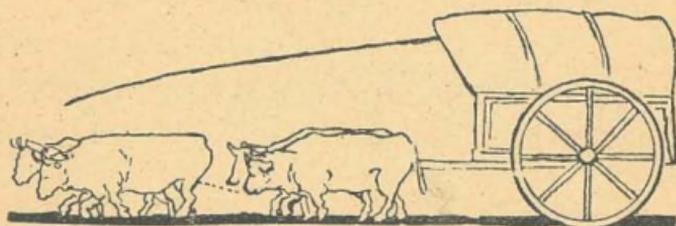
¡Es tan simpática, tan dulce la boquita que sabe decir: “sí”; “bueno”, “con mucho gusto”!

Y esto es lo que dice ahora Elisita, a quienes ya, ni en broma, pueden llamarla doña Inconvenientes.

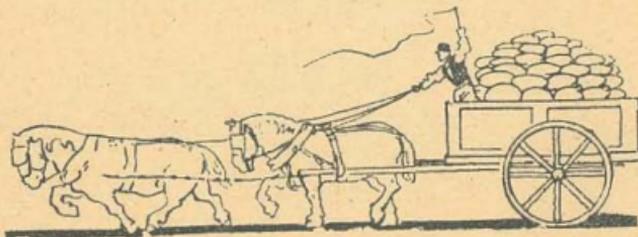
Carmen S. de Pandolfini.

Tres buenos servidores del hombre

En la época moderna los medios de comunicación y transporte más frecuentemente usados, son mecánicos: el barco a vapor, el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano, etc.

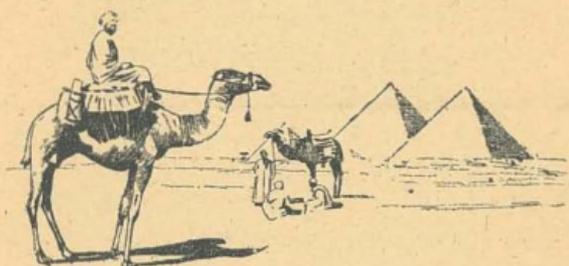


Nada de esto existía en la antigüedad, y los hombres, para comunicarse entre sí o transportar las mercaderías y toda clase de productos y artículos, se valía de sus propias fuerzas o de la ayuda de algunos fieles y útiles anima-



les. El buy, el caballo y el camello eran los tres más familiares y estimados en ese sentido.

En los países donde todavía no se han construído caminos especiales para automóviles y en que las vías del ferrocarril no cruzan sus llanuras y montañas, son esos tres buenos servidores quienes ayudan al hombre en su tarea. Nunca se quejan, ni protestan y siempre están listos para iniciar o continuar su trabajo.





La aguja

Agujita buenita,
muchas, muchas, mil gracias;
con tu ayuda he cosido
mi pollera y mi capa.

De allá para acá siempre
y de acá para allá,
remendé mi saquito
y aprendí a vainillar.

Agujita malita:
qué punzante dolor,
y en el dedo una gota
roja, igual que una flor.

Pero no te maldigo;
es culpable mi mano,
un poquito inexperta,
distráida otro tanto.

Trabajemos en paz,
con ahinco y amor,
para no sentir más
el horrible escozor.

Juan Manuel Cotta.



Hacia la chacra de tío Fernando

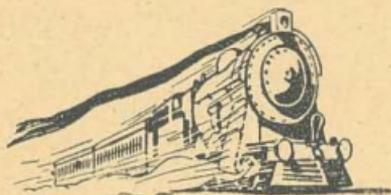
Como Roberto no se repuso completa y rápidamente, el médico aconsejó que se le enviara veinte días al campo. Como tiene un tío en la provincia de Santa Fe, que es dueño de una chacra, allá lo va a llevar su mamá.

Hoy es el día señalado para la partida. Todo está listo; los equipajes ya se encuentran en la estación y los boletos están en poder de la mamá de Roberto; los compró el papá, quien los acompañará hasta la salida del tren. ¡Cuánto lamenta no poder ir con ellos por impedirselo sus ocupaciones!

Todos se abrazan y se despiden, deseando un pronto regreso y la vuelta de Roberto completamente restablecido.

Se oye el sonido de la campana, el silbato del guardatrén y a continuación el de la locomotora del convoy. Segundos después, éste se pone en movimiento. Los que se van, agitan sus pañuelos desde las ventanillas; los que quedan, responden de la misma manera.

Momentos más tarde, no se divisa más que un punto negro, que pronto desaparece. Los que fueron a saludar a parientes y amigos, emprenden el regreso. La estación queda desierta.



La muñeca de Elvirita

El frío ha empezado a hacerse sentir y Elvirita teme que su muñeca se resfríe. Conviene, pues, hacerle muy prontito una combinación de lana que la abrigue. Debe ser cómoda y elegante.

Veamos cómo preparará Elvirita el vestido para su muñeca.

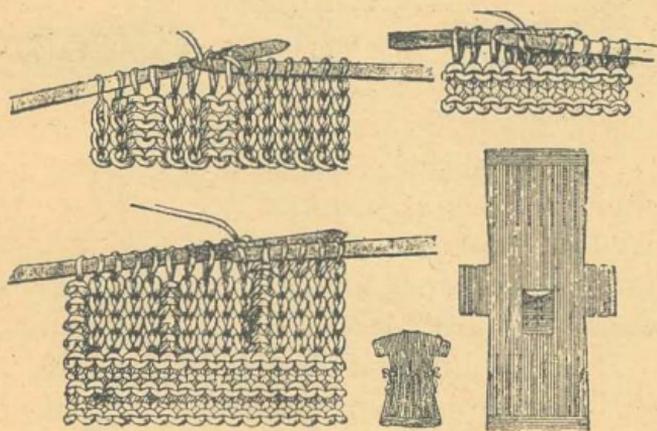


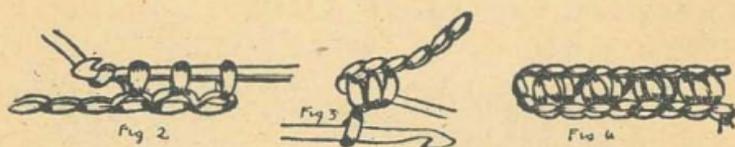
Fig. 1

Primero hará un poco de punto cadena; luego tomará dos mallas y al llegar a la tercera pasará la lana (fig. 2), rematándola con una malla igual a las anteriores (fig. 3). Así continuará hasta terminar la primera hilera (figura 4).

Al volver, tomará la malla doble y repetirá la operación anterior.

Este tejido lo hará para ensayarse, y si viera que le resulta bien, empezará a trabajar con el ovillo de lana que habrá elegido.

Preparará unos veinticinco centímetros de punto cadena y los trabajará en la forma que lo hiciera cuando se ensayaba. Continuará así unos seis centímetros.

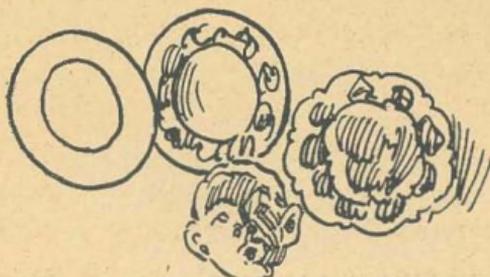


A esta altura comenzará el entredós; así tendrá un lindo pasacintas.

Terminado esto, continuará con el punto anterior, hasta unos dos centímetros; en seguida hará otro pasacintas.

La puntillita que termina con un fino picot, la preparará con lana más fina. Tomará cinco mallas al aire y una sobre la combinación, siguiendo hasta terminar alrededor del escote y del ruedo.

Esta pequeña y elegante combinación la confeccionará Elvirita con lana blanca, adornándola con seda rosa y con cinta del mismo color.



Una olla

Hoy, por primera vez desde que comenzamos las clases, el profesor de alfarería nos permitió trabajar solos. Teníamos que hacer una olla.

Yo tomé un puñado de arcilla, que no es más que tierra plomiza, pegajosa y muy suave al tacto, y con un poco de agua formé la masa y la modelé con las manos.

Después dejé que la pasta se secara al aire y más tarde la coloqué en el horno para cocerla.

Tomasito comenzó varias veces su olla, pero siempre le resultaba mal; no quiso que nadie le ayudara, pues, dijo, su papá suele repetirle con frecuencia que “un hombre debe saber bastarse a sí mismo”.

Tantas tentativas hizo, sin embargo, que al final consiguió él también fabricar su modelo, el que luego lo mostraba a todos lleno de alegría y orgullo.

El señor Gutiérrez, que es nuestro profesor de alfarería, nos prometió dejarnos manejar el torno en la clase próxima. Con éste, los objetos redondos se modelan más fácilmente.



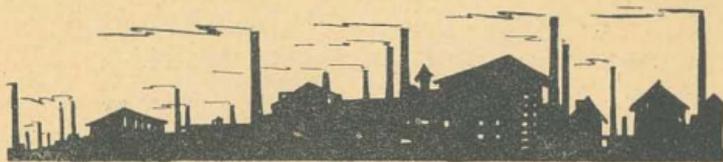


Gratitud de animal

Recorriendo un bosque en el que abundaban las zarzas, un león clavóse en la mano una espina que, causándole un gran dolor, impidióle seguir su camino. La casualidad quiso que se encontrase con un pastor, y llegándose a él, púsose a menear la cola, levantando la mano lastimada. Aterrorizado el pastor, quiso huir; pero el león, que sólo deseaba que le extrajese la espina, se acercó más a él y consiguió que, viéndole la mano hinchada, el pastor comprendiese su deseo y le librase del motivo de sus males. En cuanto se sintió aliviado, sentóse el león junto a su improvisado curandero y le lamió las manos; luego se levantó y marchóse.

Algunos años más tarde, el león fué cazado y encerrado con otras fieras destinadas a destrozar en el circo a los malhechores. Precisamente el pastor había cometido un delito, por el que estaba condenado a muerte; pero sucedió que echáronle casualmente aquel mismo león, que en lugar de avalanzarse sobre él, acercósele mansamente y le defendió de las otras fieras. Sorprendiéronse los espectadores, y habiendo el pastor referido la causa del suceso, él y el león recobraron la libertad.





La fábrica

El sábado hicimos una excursión muy instructiva. Visitamos una fábrica de tejidos.

Es un inmenso edificio, en lo alto del cual sobresalen numerosas chimeneas.

¡Cuántos obreros! ¡Cuánta animación y actividad! En el primer momento nos dió la impresión de que reinaba en ese inmenso hormiguero un horrible desorden. Luego, sin embargo, comprendimos que todo eso no era sino disciplina, trabajo, vida.

Nos atendió el gerente, un señor muy serio, pero muy amable. Nos acompañó, haciéndonos recorrer todas las dependencias y explicándonos pacientemente cómo trabaja la fábrica y cómo se obtiene, mediante el continuo movimiento de ruedas y engranajes, que los hilos débiles y descoloridos se transformen en fuertes y vistosos tejidos.

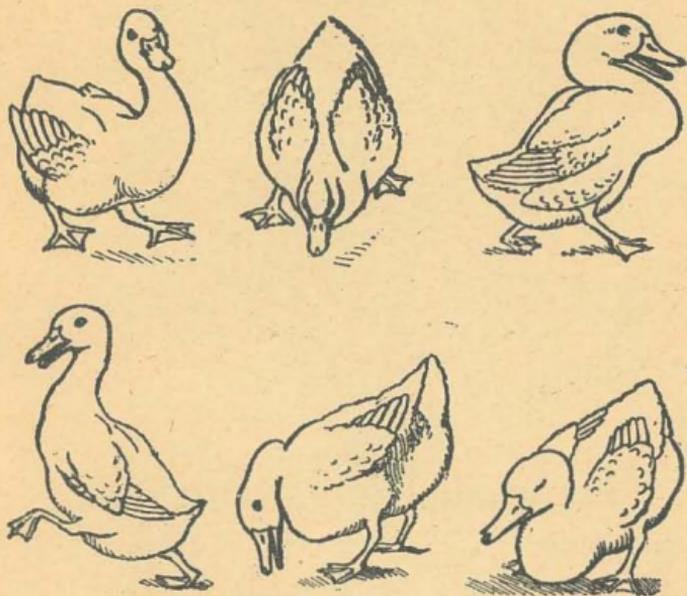
¡Qué maravilloso! ¡Parece un cuento de hadas!

Esta excursión ha sido una de las más interesantes y útiles que hemos realizado hasta ahora.

¡Con cuánto placer efectuaríamos otra de la misma naturaleza!

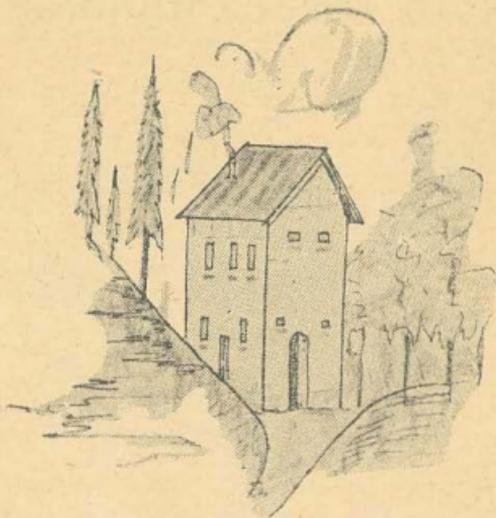


Un buen dibujante



A mi hermanito Arturo le agrada mucho el dibujo. Apenas tiene a la mano un lápiz y un papel, no se ocupa de otra cosa que hacer figuras de todas clases, especialmente de animales.

¿Qué te parece las que hizo hoy? Es el mismo patito en seis posiciones distintas'



La casa de la muñeca

En las clases de cartonado Laura ha preparado una casa para su muñeca. ¡Si vieran ustedes qué bonita es!

Tiene una hermosa fachada color piedra, con ventanas de vidrio, una puerta y un hermoso balcón pintado de verde.

Ha distribuído las habitaciones en dos pisos; en uno se encuentran la sala, el dormitorio y el cuarto de baño. En el otro, el comedor, la cocina, el escritorio y la despensa.

La maestra ha felicitado a Laura por su trabajo y le dijo que el cuidado con que ha construido su juguete le hace pensar que en el futuro será una excelente ama de casa.

Laura se muestra muy orgullosa con su obra; dice que cuando sea grande va a tener una casa arreglada en la misma forma que la que le ha construido a su muñeca.





El cigarrillo

Los niños que tienen el feo vicio de fumar, no saben:

—Que el cigarrillo está formado por la hoja de una planta venenosa.

—Que el veneno que el cigarrillo produce, dominará su voluntad.

—Que entorpecerá el funcionamiento regular de su cerebro.

—Que le impedirá el progreso en sus estudios en la escuela.

—Que acorta la vida de los niños que fuman.

—Que le producirá frecuentes y dolorosas indigestiones.

—Que el cigarrillo causa la dispepsia y algunas enfermedades del corazón.

—Que el uso del cigarrillo produce un deseo antinatural por las bebidas alcohólicas.

—Que les hace esclavos del vicio de fumar y pierden la libertad.

—Que malgastará su dinero y les conducirá al trato con viciosos y haraganes.

—Que el uso del tabaco hace a los niños mentirosos.

—Que los niños que fuman se vuelven simuladores y cobardes.



La casa de tío Fernando

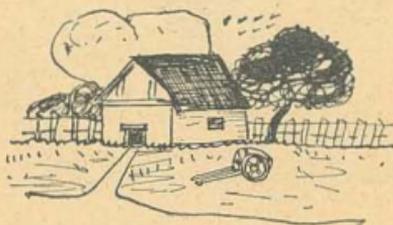
La casa de tío Fernando, que es muy grande, queda a más de media hora de coche desde la estación.

Está construída en medio de un gran jardín. En verano este jardín suele presentar un aspecto magnífico; pero en esta época del año hay pocas flores. Todavía falta un mes para la primavera.

Detrás de la casa se encuentra la huerta, en la que abundan las legumbres y los árboles frutales.

Junto a la quinta está el corral donde el tío Fernando cría toda clase de animales domésticos.

Para el cuidado de la casa hay dos grandes perros, a los que continuamente se les ve en compañía de una linda gatita negra. Son dos celosos y valientes guardianes.



La mancha de aceite

Días pasados, el italianito, sin quererlo, virtió aceite sobre un tapiz de su casa. Avergonzado de su torpeza y queriendo reparar el daño causado, aplicó al sitio manchado una hoja de papel. Desgraciadamente aquella misma noche la mancha de aceite se comunicó al papel blanco.

—¡Qué obstinada es esta mancha! — pensó — Voy a hacer que no vuelva a reaparecer.

Y aplicó una hoja de papel más espesa que la primera.

Al día siguiente estaba también manchada.

El italianito quedó sorprendido; el padre, que lo había estado observando, le dijo entonces:

—Hijo mío, esa mancha de aceite es la imagen exacta de las malas compañías y del vicio, que se comunican siempre a quienes se le acercan. Si quieres conservar la pureza de tu corazón, evita siempre la relación de los hombres corrompidos.

* *

La siembra

Para que la tierra produzca en la abundancia y calidad deseables, es necesario cultivarla.

Por eso, inmediatamente después de una cosecha, los chacareros la trabajan, preparándola para recibir en el otoño las nuevas semillas.

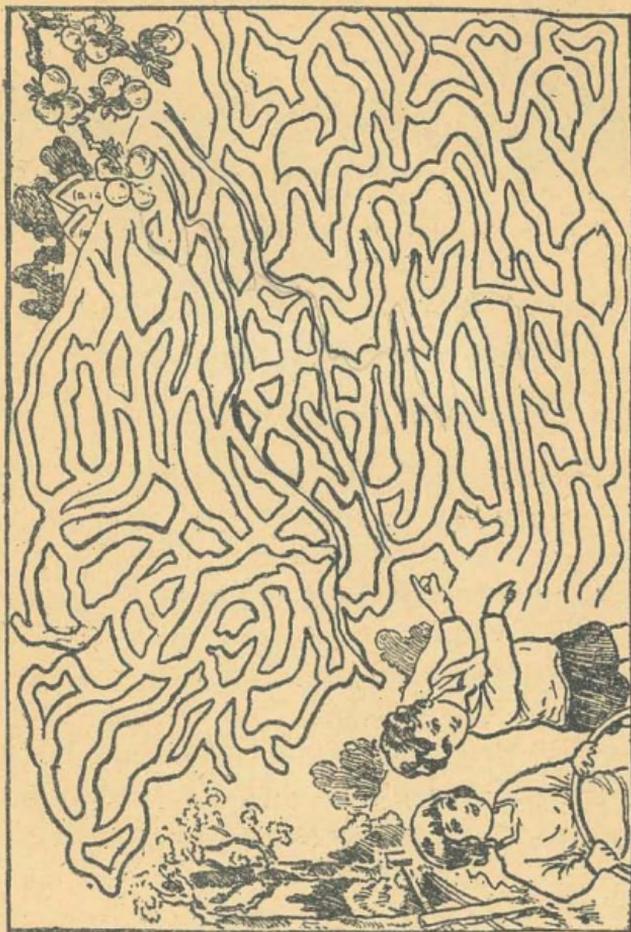
Este es el momento en que más animación se nota en el campo.

Los caballos o los bueyes arrastran el arado y abren los surcos en la tierra. Se oye la voz del labrador estimulando a los animales y alentándolos con su palabra. De cuando en cuando se oye a algún chacarero entonar una canción.

¡Cuánto les debemos a esos pacientes y perseverantes trabajadores del campo!

Son ellos los que cada año cultivan las plantas maravillosas destinadas a proporcionar alimento al hombre.





UN PROBLEMA

Juanita y Pablo se han extraviado en esta quinta. Allá, a lo lejos, advierten un magnífico manzano, cargado de maduras frutas.
¿Cómo llegar hasta él?



Los pájaros

Los pajaritos son seres admirables, tanto por la belleza de su vistoso plumaje como por la dulzura y armonía de su canto.

No se contentan, sin embargo, con sernos agradables; también quieren sernos útiles. Protegen nuestras quintas y nuestros campos, defendiendo las cosechas.

El tío Fernando se disgusta mucho cuando ve que alguien persigue a estos buenos amiguitos. Todas las mañanas les echa un poco de alpiste en el patio para atraerlos a la casa. Ellos ya le conocen, y en cuanto aparece con la bolsita donde lleva el alimento, se posan en las ramas más bajas de los árboles cercanos, volando al suelo apenas el primer puñado de granos es arrojado.

* *
* *

Pájaro gaucho

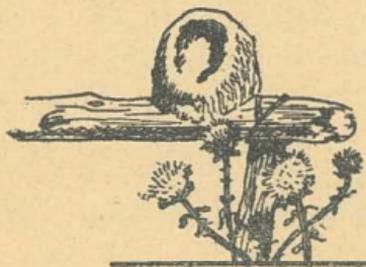
Engarzado en la horqueta de una rama
que en línea horizontal se balancea,
el nido de un hornero jinetea,
seguro del poder de su amalgama.

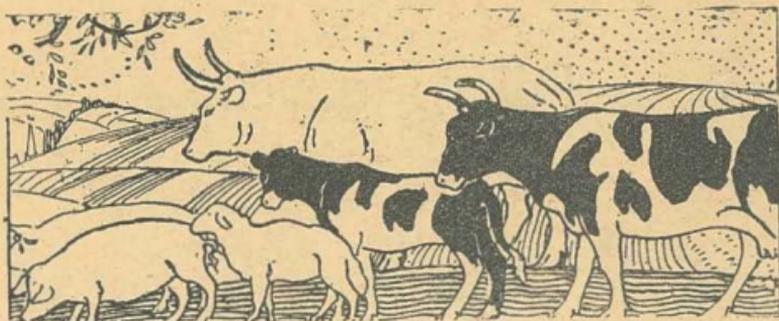
Sobre él, en actitud del que declama
un himno de victoria en la pelea,
ríe su constructor, grita, aletea,
desafiando al huracán que brama.

Fué ese nido quizás tosco modelo
de los ranchos que alzaron los paisanos,
sobre las verdes lomas de este suelo.

Ese gran arquitecto que no yerra
es el pico más hábil de los llanos,
el pájaro más gauchō de esta tierra.

Rafael Cano.





La lechería

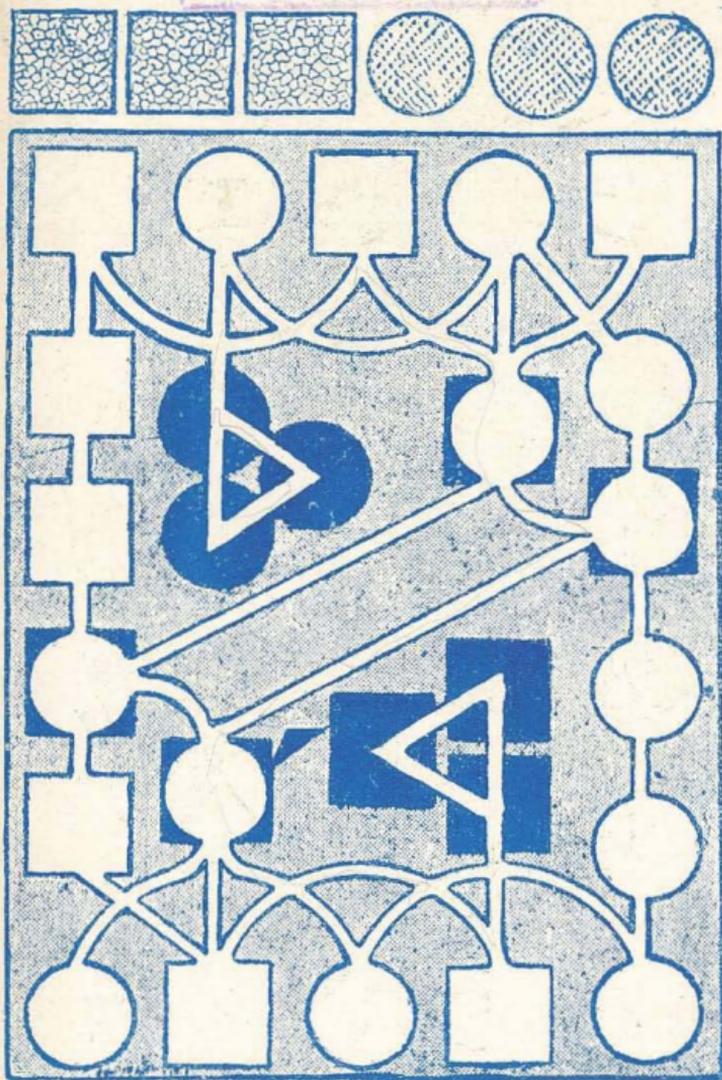
En la chacra hay una pieza reservada para guardar la leche y fabricar los productos que de ella se obtienen como derivados; se la llama la lechería.

Es una habitación que conserva siempre la misma temperatura, tanto en verano como en invierno; por eso parece tibia en invierno y fresca en verano.

La leche es depositada en grandes “herradas”, donde se la deja reposar. La nata sube entonces a la superficie y se la va quitando a medida que se forma; así se la tiene más fresca. Después se la pone en la “batidora”.

Cuando se ha batido suficientemente la nata, en el fondo de la batidora va quedando una masa de manteca; no resta más que amasarla y empaquetarla para su venta.

El tío Fernando dice que es uno de los productos que le da más beneficios.



Dibuja en un cartón el tablero y recorta seis fichas, tres cuadradas y tres circulares. Colocadas éstas en su sitio (derecha e izquierda), y sorteado el que debe iniciar el juego, se comienza éste, haciendo adelantar las fichas hasta situar las tres en la casa correspondiente, indicadas en el tablero por tres cuadrados y tres círculos negros. Gana el que logra hacer llegar antes sus tres fichas a su "CASA"

A CASA

(JUEGO PARA DOS)



Los jarrones de porcelana

Un príncipe había hecho fabricar veinte jarrones de porcelana, magníficamente trabajados; su belleza era admirable.

Cierto día una criada rompió uno por descuido. El príncipe se molestó tanto, que la condenó a muerte.

Habiendo sabido esto uno de los súbditos del príncipe, se presentó a él y le dijo:

—“Soy poseedor de una receta secreta para componer el jarrón roto sin que se conozca nada; pero es preciso que me enseñen todos los jarrones juntos.”

Conducido a una habitación donde se hallaban las preciosas vasijas, colocadas sobre un rico mantel de seda, tomó el género por uno de sus extremos y de un solo tirón los echó a todos por tierra, haciéndolos mil pedazos.

—“Estos diez y nueve jarrones que quedaban hubieran costado la vida a diez y nueve personas — dijo al príncipe. — Toma la mía y con eso basta.”

El príncipe comprendió la lección que le daba aquel hombre y, convencido ya de que todos los jarrones dorados del mundo no podían valer la vida de un ser humano, le perdonó, lo mismo que a la criada.

Mariano Moreno

Hijo de padre español y madre argentina, nació Mariano Moreno en 1778 en la ciudad de Buenos Aires, donde hizo sus primeros estudios. Terminados éstos, se le envió a Chuquisaca, donde se graduó de abogado.



En el año 1809 escribió la célebre “Representación de los hacendados”, en la que sostenía la conveniencia de abrir al comercio inglés los puertos del Virreynato del Río

de la Plata.

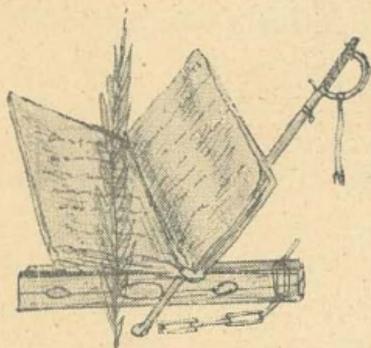
La Junta de 1810 le tuvo por Secretario, y puede decirse que fué el alma de la Revolución.

Para difundir las ideas patrióticas, fundó la “Gaceta de Buenos Aires” y creó la Biblioteca Pública.

Poco después, en 1811, renunció el cargo de Secretario de la Junta y fué nombrado encargado de la primera misión diplomática ante el gobierno inglés.

En el viaje a Inglaterra falleció, y el ancho océano le sirvió de sepulcro.

Moreno fué uno de los más nobles y batalladores tribunos de la independencia argentina y una de las más puras glorias de América. ¹¹⁵



Los bomberos

Es un espectáculo emocionante en las calles de nuestra ciudad, por donde corren continuamente ríos humanos de gentes agitadas, ver volar raudos, con toda la velocidad de sus potentes motores, a los automóviles de los bomberos.

Todos se detienen ante ellos abriéndoles paso solícitos, pues bien saben que el fuego es un enemigo traidor e insaciable, y que ante la celeridad de su furia voraz, no hay tiempo que perder.

No ha transcurrido un minuto desde que la campana del cuartel señaló un incendio, que ya salen ligero las autobombas, con sus mangueras, escaleras y bomberos necesarios para prestar los primeros auxilios.

Ya están en el lugar del siniestro. Las escaleras se despliegan y trepan por ellas, ágiles, los bomberos, el hacha al cinto, protegida la cabeza por fuertes cascos y amparados contra los gases sofocantes por mascarillas protectoras. Rompen ventanas y puertas, y haciendo prodigios de valor y de equilibrio, avanzan sobre pisos que se derrumban y entre paredes que se desmoronan, poniendo en riesgo su vida

por salvar la de algún niño inconsciente o la de algún anciano o mujer desvalidos.

Con la preciosa carga en los brazos vuelven a salir, y deslizándose por sogas y escaleras, o haciendo descender a las víctimas por las mangas de salvamento, las depositan suavemente lejos de los lugares de peligro.

Recordemos siempre que mientras por negligencia o temerariamente se provocan los furros del fuego, allá, en el cuartel de bomberos, están continuamente alerta unos héroes humildes, que habrán de luchar a brazo partido por deshacer los efectos de la imprudencia, pagando talvez con su sangre, y aun con su vida, su arrojo.

Máxima. - Tres mudanzas equivalen a un incendio.



Congreso de ratones

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio, que después de las aguas del diluvio fué padre universal de todo gato, ha sido Miauragato quien más sangrientamente persiguió a la infeliz ratona gente.

Lo cierto es que, obligada por su persecución, la desdichada, en Ratópolis tuvo su congreso.

Propuso el elocuente Roequeso echarle un cascabel, y de esa suerte al ruido escaparían de la muerte.

El proyecto aprobaron, uno a uno:
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso, ninguno.

“Yo soy corto de vista”. “Yo, muy viejo”.
“Yo gotoso”, decían.

El consejo
Se acabó como muchos en el mundo.

Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro; ¡qué portento!
¿Pero la ejecución? Ahí está el cuento.

* * *





La quesería

En un rincón de la lechería, el tío Fernando ha instalado una pequeña fábrica de quesos.

Después de colocar la leche en grandes recipientes, la hace “cuajar”; en seguida la pone en moldes redondos de lata y allí la deja que escurra y se solidifique algo: es el momento en que obtiene el queso fresco.

Cuando quiere conservar ese queso largo tiempo, lo sala y lo deja fermentar.

He probado los quesos así fabricados y me ha parecido que tienen mejor gusto que los que compra mamá en la quesería.

—Es — me dijo tío Fernando — porque me esmero en el trabajo y sólo empleo leche purísima y de animales bien alimentados.

* *



Un soldado argentino

Después del combate de Pescadores, el coronel Pringles fué conducido prisionero al cuartel general de los realistas.

Un jefe español, dolido del peligro corrido por aquel valiente y sus bravos compañeros, al preferir hundirse en el mar antes que entregarse prisioneros, le preguntó:

—¿Por qué no se rindieron ustedes cuando fueron invitados a ello, antes que pelear inútilmente contra la formidable fuerza que les rodeaba?

—Señor, porque al venir a este país, vinimos a pelear, no a rendirnos.

¡He ahí una contestación admirable, digna de tal héroe!

Soldados del temple de Pringles fueron los que nos legaron una patria libre y gloriosa.

* *

Riquezas del hombre

Un hombre descontento de su suerte, quejábale continuamente.

—Muchas personas son — decía — las que tienen riquezas, y yo no tengo nada.

—¿Eres tú tan pobre como crees? ¿No tienes la juventud y la salud?

—No digo que no, y puedo estar orgulloso de mi fuerza y mi juventud.

Un anciano que oía las quejas de aquel hombre, le tomó entonces la mano derecha, y le preguntó:

—¿Te dejarías cortar esta mano por mil pesos?

—¡No, ciertamente que no!

—¿Y la izquierda?

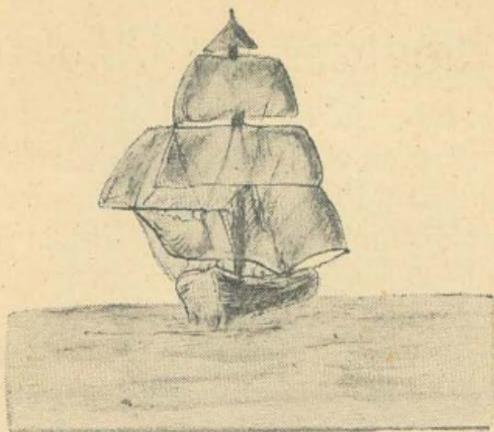
—Tampoco.

—¿Consentirías en quedarte ciego por diez mil pesos?

—¡Ni me hable de ello! No daría ni un ojo por la más bonita suma.

—Ya ves — añadió entonces el anciano — que te quejas sin motivo, pues no careces de riquezas.

(Adaptado)



Don Juan Díaz de Solís

En el pizarrón en que todos los días se anotan las “efemérides”, la señorita escribió esta mañana: “Descubrimiento del Río de la Plata”.

Como teníamos media hora de clase libre, le pedí que nos explicara ese tema de historia.

La señorita Marta nos dijo:

“Don Juan Díaz de Solís, gran piloto de Castilla, fué enviado por los reyes de España, con dos navíos, para reconocer las nuevas tierras descubiertas por Cristóbal Colón.

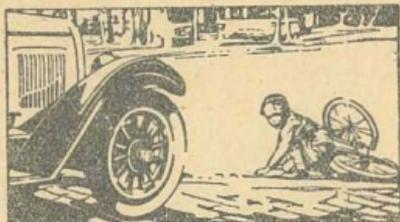
Partió del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, y después de hacer escala en la isla

de Tenerife y recorrer las costas del Brasil, llegó a la desembocadura del Río de la Plata, que él llamó "Mar Dulce" por su gran extensión y el sabor de las aguas.

Penetró en el Río de la Plata y reconoció la margen izquierda, hasta la isla que actualmente se denomina de Martín García.

Trabó relación con los indígenas de la región nombrada, animándole el deseo de tomar posesión de esas tierras, pero bien pronto hubo de pagar con la vida esa temeridad, pues, atraído a una emboscada, fué muerto a flechazos."





Un accidente

Hoy, al venir a la escuela, presencié un accidente de tráfico que me causó gran emoción: un niño, montado en una bicicleta, cuyo manejo parecía no dominar, intentó cruzar la calle, en momentos en que avanzaba un automóvil. En medio de la calzada, al patinar una de las ruedas, cayó de pronto el pequeño ciclista. Yo lancé un grito de angustia al advertir al automóvil a pocos metros de la criatura, a quien creí perdida.

Felizmente el chofer, con sorprendente sangre fría, hizo una brusca maniobra, desviando el vehículo hacia la izquierda. El niño se salvó providencialmente.

Hoy, más que nunca, me he dado cuenta de los peligros a que continuamente estamos expuestos en la calle.



El corral

¡Cuántos animales! ¡Qué cantidad de gallinas, pollos, palomas, gansos, patos, pavos! El tío Fernando asegura que del cuidado de esos animales depende su riqueza.

Los patos nadan en el estanque, las palomas vuelan hasta los nidos, las gallinas llaman a sus pollitos, los pavos, orgullosos de sus colas, las abren en forma de un gran abanico.

Los conejos se hallan en grandes jaulas, sumamente aseadas. Son muy limpiños; es un placer acariciarlos.

Roberto se pasa el día cuidando de los animales; dice que cuando sea grande va a dedicarse a los trabajos de granja. El tío Fernando lo alienta y le asegura que su porvenir será brillante.



Los árboles

(Composición)

Se dice que los árboles son verdaderos amigos nuestros; basta recordar, para confirmarlo, que ellos nos proporcionan frutos exquisitos, productos medicinales y madera para la construcción y ebanistería.

En nuestro país la naturaleza se ha mostrado pródiga y ha cubierto de árboles distintas regiones de su suelo. El hombre, sin embargo, en su afán de lucro, tala los bosques y las selvas sin preocuparse mucho de reponer lo que destruye.

En una región sin árboles, las lluvias son poco frecuentes, y sin lluvias, las tierras son estériles.

Los árboles frutales más comunes en nuestro país son: el manzano, el peral, el duraznero, la higuera, el naranjo.

Entre los árboles que nos dan ricas maderas para distintos usos, podemos citar el pino, el nogal, la tipa, el jacarandá, el urunday, el lapacho, el laurel rosa, el cedro, el quebracho y el algarrobo.

Dice un proverbio que ningún hombre debe morir sin haber plantado un árbol.



Los cimientos de una gran ciudad

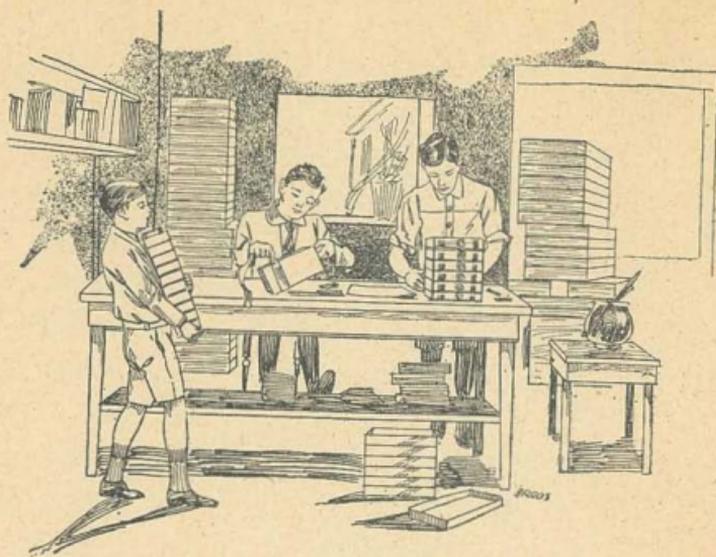
A principios del año 1535, el capitán don Pedro de Mendoza surcaba con sus naves las aguas del Plata, y el día 2 de febrero, después de desembarcar, hacía construir algunas chozas en la margen derecha del gran río.

Bautizó a esa aglomeración de ranchos con el nombre de “ciudad y puerto de Santa María de los Buenos Aires”.

Poco tiempo más tarde, los indios querandíes atacaron y destruyeron la población, viéndose obligado Mendoza a regresar a España, su patria. No pudo llegar, sin embargo, pues falleció en alta mar, durante el viaje.

El 11 de junio de 1580 don Juan de Garay decidió reconstruir la antigua colonia de Buenos Aires, y con sesenta soldados españoles y unos cuantos indios, se estableció a ese efecto en la ribera norte del Riachuelo. Allí colocó la piedra fundamental de la que tiempo después sería la ciudad más importante de Sud América: Buenos Aires, capital de la República Argentina.





En clase de cartonado

Esta mañana el profesor de cartonado nos dió una pequeña explicación histórica sobre la fabricación de cajas de cartón y estuches en nuestro país. Trataré de repetírsela a ustedes.

Hasta hace unos cuantos años los estuches, tanto de cartón como de madera, que se emplean en las joyerías, confiterías, perfumerías y otras casas de comercio, se importaban de países lejanos, y por eso los artículos se vendían más caros.

Poco a poco algunos hombres emprendedores abrieron acá pequeños talleres y con per-

severancia se hicieron camino e impusieron las cajas que ellos fabricaban.

De esta manera los modestos talleres se convirtieron en verdaderas fábricas que dieron trabajo a multitud de obreros.

Bien pronto, gran cantidad de mujeres y niños, principales obreros en esta clase de establecimientos, encontraron una fuente de labor bastante productiva.

Hoy hemos adelantado tanto, que ya los niños fabricamos en las escuelas desde la simple caja de cartón sin forro, hasta el estuche más artístico forrado en papel o tela llamativa.



Una carta de San Martín

Cuando San Martín fué nombrado general del ejército de los Andes, el Cabildo de Buenos Aires pidió al director Pueyrredón que se le acordara el grado de Brigadier General.



Al enterarse de esto, San Martín se disgustó tanto, que hizo publicar en "El Censor", diario porteño de aquella época,

una carta que terminaba así:

"Protesto a nombre de la independencia de mi Patria no admitir jamás mayor graduación que la que tengo, ni obtener empleo público, y el militar que poseo renunciarlo en el momento que los americanos no tengan enemigos."

He ahí un hermoso ejemplo de modestia y honradez cívica.



Catorce buenos consejos

1.—Cuando leas una señal de: “¡Peligro!”, detente y observa.

2.—Antes de cruzar la vía del tren, párate, escucha y mira.

3.—Espera la señal del policía de tráfico, antes de cruzar una calle.

4.—Cruza siempre en las esquinas.

5.—Mira a ambos lados de la calle antes de cruzar.

6.—Una vez en medio de la calle, no retrocedas. El conductor no lo puede prever y te expones a un accidente.

7.—Siempre que te sea posible, camina por la acera; recuerda que en la calle es más fácil el peligro.

8.—Ten los ojos y los oídos alertas y usa tu juicio en todo tiempo.

9.—No escupas en el suelo.

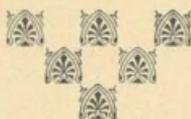
10.—No digas malas palabras.

11.—No molestes en el tranvía; no grites, no cantes, no silbes.

12.—Sé cortés; eso no te cuesta nada y te hace agradable a los demás.

13.—Sé puntual en tu trabajo y en tu vida privada.

14.—Sé respetuoso con todas las mujeres, como si cada una de ellas fuera tu propia madre.



Manos ásperas

Las manos venerad, recias y oscuras,
De las gentes que habitan en los campos.
Ellas conducen al hogar las vacas
Al través de las selvas y los pastos.

Ellas cosechan la dorada espiga
Que el pan produce, nutritivo y blanco,
Y el fruto de la vid que nos da el vino,
Y el café de perfume delicado.

Sobre el fecundo seno de la tierra
Que recoge el sudor del rostro honrado,
El fruto cultivando que nos nutre,
Alto ejemplo nos dan con su trabajo.

Del hombre allí se fortalece el cuerpo
Y se temple el espíritu. El Estado
Recluta allí guerreros valerosos,
Jueces, artistas, profesores, sabios:

Que espada, pluma, cítara y paleta,
Lucen también en las oscuras manos
Que tuesta el sol en la feraz campiña,
Y encallece y deforma el rudo arado.

Kront

(Traducido por M. F. Juncos.)



En el taller de alfarería

Desde hace dos meses usamos ya el torno para modelar los objetos que preparamos durante las clases de alfarería.

Es muy fácil su manejo. Se toma un poco de arcilla, ya mojada, y se la coloca en el torno, que es una pequeña tablita circular, a la que se hace girar con mucha rapidez por medio de una rueda colocada más abajo, y a la que se da vueltas con el pie. Mientras gira, se le da forma a la arcilla con los dedos, ahuecándola en el centro y levantando los bordes. En un instante el objeto queda terminado.

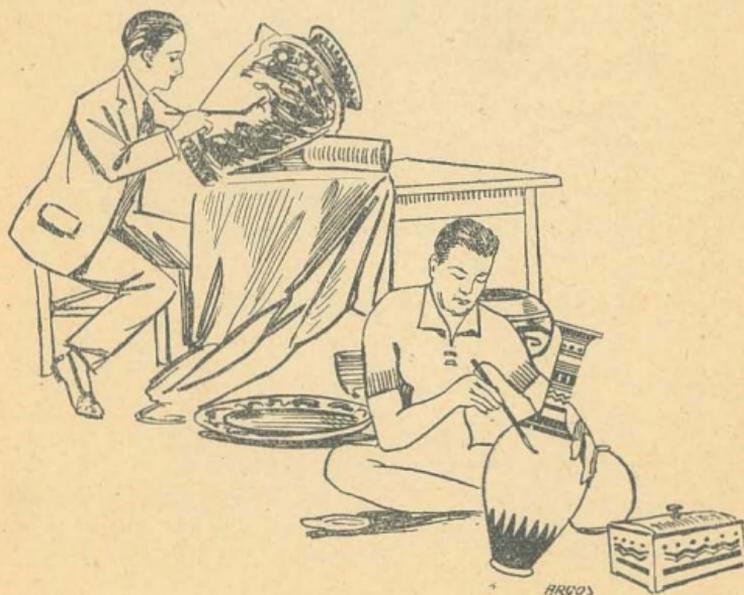
Luego se saca del torno y se pone a secar, después de lo cual se hace cocer en el horno, en el que debe mantenerse un fuego muy ar-

diente, hasta que todas las piezas que se han colocado en él estén cocidas.

El señor Gutiérrez nos explicó que en las grandes fábricas de objetos de alfarería los tornos son movidos por la electricidad. También dijo que la loza y la porcelana son obras del alfarero, pero fabricadas con arcilla más fina, trabajadas con más cuidado y a las que a veces se hace cocer dos veces.

Las piezas así confeccionadas se adornan con filetes de colores vivos o dibujos hechos por hábiles artistas, antes de ponerlos en el horno.

(Adaptado)



El picapedrero Javanés



Hubo una vez en Java un hombre que tallaba piedras en una roca. Su trabajo era largo y áspero y pequeño su salario, y se quejaba de su pesada tarea.

Un día exclamó:

—¡Oh! ¡no ser yo bastante rico para poder reposar en lecho de colgaduras!

Entonces se le apareció un ángel del cielo y le dijo:

—¡Que se cumpla tu deseo!

Y fué rico, y descansó en un lecho cuyas cortinas eran de seda roja.

Pero hete ahí que el rey acierta a pasar, con guardias delante de su carroza, guardias detrás y sombrilla de oro sobre su cabeza.

El hombre rico se entristeció ante ese espectáculo y suspiró:

—¡Oh! ¡si pudiera ser rey!

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo se cumpla!

Y fué rey, y paseó en carroza de oro escoltado por nobles caballeros y resguardado por la sombrilla de oro.

Y el sol se levantó e irradió de tal modo, que a sus ardientes rayos se agostó la hierba.

Y el rey se quejó de tanto calor y dijo que él quería ser como el sol.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—¡Que se mupla tu deseo!



Y fué transformado en sol e irradió sus flechas por todos los puntos de la tierra, resplandeciendo sobre el césped y sobre el rostro de los príncipes.

Pero se levantó una nube y escondió su luz.

Y se irritó al ver coartado su poder y exclamó que quería ser nube.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—¡Que se cumpla tu deseo!

Y fué transformado en nube y se colocó entre el sol y la tierra y el césped reverdeció.

Y la nube se abrió y de sus flancos brotaron torrentes de agua que inundaron los valles, devastaron las cosechas y ahogaron los ganados.

Y cayeron copiosamente sobre una roca sin poderla conmover. Y la nube exclamó:

—Esa roca es más fuerte que yo; quisiera ser roca.

Y el ángel bajo del cielo y le dijo:

—¡Que se cumpla tu deseo!

Y fué trocado en roca, y el ardor del sol y la violencia de la lluvia no podían contra ella.

Pero un día llega un obrero y comienza a dar golpes con un martillo sobre la peña y desprende grandes pedazos. Y la roca gritó:

—¡Ese jornalero es más fuerte que yo! Quiero ser ese jornalero.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—¡Que se cumpla tu deseo!



Y el pobre hombre, transformado tantas veces, volvió a ser picapedrero, y vive, por fin, satisfecho con su suerte.

Rafael Fraguero.

Las manos del General San Martín

Como todos los grandes hombres, San Martín era magnánimo y generoso.

En cierta oportunidad el capitán general de Chile, Marcó del Pont, recibió una nota firmada por San Martín, comunicándole la declaratoria de la independencia argentina, y al entregar al ingeniero Alvarez Condareo la contestación, exclamó:

“Yo firmo con mano blanca, no como la de su general, que es negra.”

Después que los argentinos triunfaron en Chacabuco, el mandatario realista huyó de la capital de Chile con el propósito de embarcarse en Valparaíso hacia el Perú, pero fué tomado prisionero. Inmediatamente se le llevó a presencia del general San Martín.

El Libertador, al verle, se puso de pie y extendiéndole la mano, con cara risueña y palabra afectuosa, le dijo:

—“¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!”

Esta fué toda su venganza contra quien le había insultado desde lejos y puesto a precio su cabeza.



¡Arriba, trabajador!

Trabajador, el sol ilumina ya tu puerta con sus rayos matutinos: ¡levántate!

¡Anda, trabajador! ¡Que tus alegres cantos de labor suban al cielo con el de los pájaros!

Penoso es el trabajo de la fábrica y de la tierra, pero fuerte es tu brazo y valiente tu corazón.

En medio del humo en la ciudad, y del viento y el sol del campo, con los brazos desnudos y el pecho dilatado, luchas por la humanidad. ¡Arriba, trabajador!

Tú, que fundes el hierro y modelas la piedra inerte; tú, que labras la tierra viva y fecunda; tú, que das la vida a tus semejantes; tú, que sostienes el trabajo universal, sigue en la brecha. ¡Trabaja, lucha, persevera! ¡El mundo y la vida son tuyos!

¡Arriba, trabajador!



El consejo maternal

—Ven para acá, me dijo dulcemente
mi madre cierto día;
(Aun parece que escucho en el ambiente
de su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí a llorar. — Nada, — le dije:
La causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro! . . .

Ella inclinó la frente pensativa,
se turbó la pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo, más tranquila:

—Llama siempre a tu madre cuando sufras
que vendrá, muerta o viva;
si está en el mundo a compartir tus penas,
y si no, a consolarte desde arriba.

O. Andrade.



Las ventanas de oro

Durante las horas del día, un niño trabajaba sin descanso, pues sus padres eran muy pobres.

En las tardes, al ponerse el sol, disfrutaba de una hora, toda suya, cedida a él por su padre para que hiciese durante ese tiempo lo que le viniera en gana. A alguna distancia había una casita cuyas ventanas llamaban la atención del niño. Las veía brillar como si fueran de oro, y en su contemplación permanecía todas las tardes, en la hora de asueto que su padre le daba, hasta que unas persianas inoportunas le tapaban aquel tesoro.

Una mañana su padre lo llamó y le dijo:

—Has sido un buen muchacho, y con tu conducta te has ganado un día de fiesta. Empléalo como gustes; pero ten presente que se te concede libertad para que saques de ella algún provecho.

El niño se despidió de sus padres, puso un trozo de pan en el bolsillo y salió en dirección a la casita de las ventanas de oro.

Fué una excursión deliciosa. Después de larga marcha, llegó a una colina en cuya cima se veía la casita que había admirado tanto.

Desgraciadamente, las persianas estaban cerradas y no le permitían contemplar las ventanas de oro.

Cuando llegó a la casa, grande fué su decepción al ver unas ventanas de vidrio en lugar de las de oro y diamantes.

Una señora salió a la puerta, y al ver al niño, le preguntó qué deseaba.

—Vine — dijo el niño — con el objeto de ver de cerca las ventanas de oro que desde mi casa contemplo todas las tardes; pero me encuentro que no son como yo las veía.

—Somos muy pobres — exclamó la mujer — y no podríamos tener oro en nuestras ventanas. Ven; siéntate a descansar y después jugarás con mi hija.

Al llamado de la señora se presentó una simpática nenita, descalza y vestida pobremente, pero con los cabellos dorados y los ojos de un azul tan claro como el del cielo.

Invitó al niño a pasar al corral y allí le enseñó su ternerita negra y hablaron de los conejitos recién nacidos, de la gallina clueca que pacientemente esperaba en su nido la salida de los pollitos. Partieron luego entre los dos una manzana, y convertidos en buenos camaradas, el niño le habló de las ventanas de oro, preguntándole si ella las había visto.

La niña inclinó su cabeza afirmando. Sí que las conocía y bien; pero para llegar a ellas

era preciso tomar el camino contrario al que el niño había seguido.

—Ven, — le dijo, — te mostraré la casita con ventanas de oro.

Los dos niños se dirigieron hacia una colina, y a medida que caminaban, la niña iba dándole explicaciones sobre la hora en que mejor lucían las ventanas de oro.

Al llegar a la colina, la niña señaló con su mano una montaña lejana, en cuya cumbre se levantaba una casita con ventanas que relucían.

Fijóse bien el niño y reconoció en ella a la casita suya, donde vivía con sus padres.

Se despidió de la niña y le hizo la promesa de volver a visitarla; pero no le comunicó la lección que había recibido.

El camino era largo, y ya la noche estaba avanzada cuando llegó a su casa.

Abrió la puerta y se encontró en los brazos de su madre, que con dulzura le preguntó:

—¿Te has divertido mucho? ¿Has recibido alguna buena lección?

—¡Sí! — contestó el muchacho entusiasmado. — ¡Sé que las ventanas de nuestra casita son de oro y diamantes!

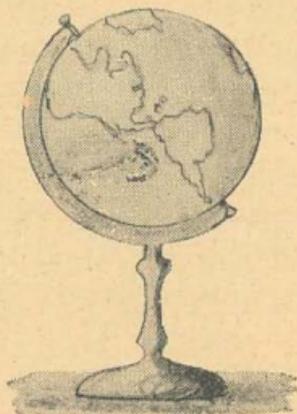
J. Richards.

(Adaptado)

En clase de geografía

Una de las asignaturas que más me interesan, es la geografía, sobre todo la argentina. Aunque no he viajado mucho, tengo el orgullo de conocer mi patria por las referencias que hace papá en casa, por lo que aprendo en la escuela y también por la lectura de libros y periódicos. Otro de los medios de información que me han sido útiles, no solamente para conocer el suelo, las ciudades, los ríos y las costumbres de mi país, sino también de los pueblos extraños, es el cinematógrafo.

Viajar es una de las grandes aspiraciones mías. ¡Cuánto deseo llegar a hombre, para poder satisfacerla!





Los que suben y bajan

Una gota de agua, que había estado millares de años confundida con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiriría ligereza extraordinaria. Estaba evaporándose.

—¡Tengo alas! — decía flotando sobre el lago. — ¡Adiós, amigas! Ya había presentido muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy a las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

—No te enorgullezcas — le dijo otra gota que había viajado mucho. — Yo he estado en esas altas regiones, y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide a Dios, que cuando caigas, quizás hoy mismo, te deje volver a este lago tranquilo. Eres como todas nosotras: un poco de calor te eleva, un pequeño enfriamiento te hace descender.

—Aunque eso sea — repuso la soberbia gota, — ha llegado mi época feliz.

—¿Quién sabe? Acaso estás destinada a hundirte en la tierra y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota, condensada, caía sobre una hoja, y resbalando por ella, temblaba, resistiéndose a desprenderse. Venía de los cielos: iba, fatalmente, a quedar sobre la tierra.

L. Fernández Bremón.



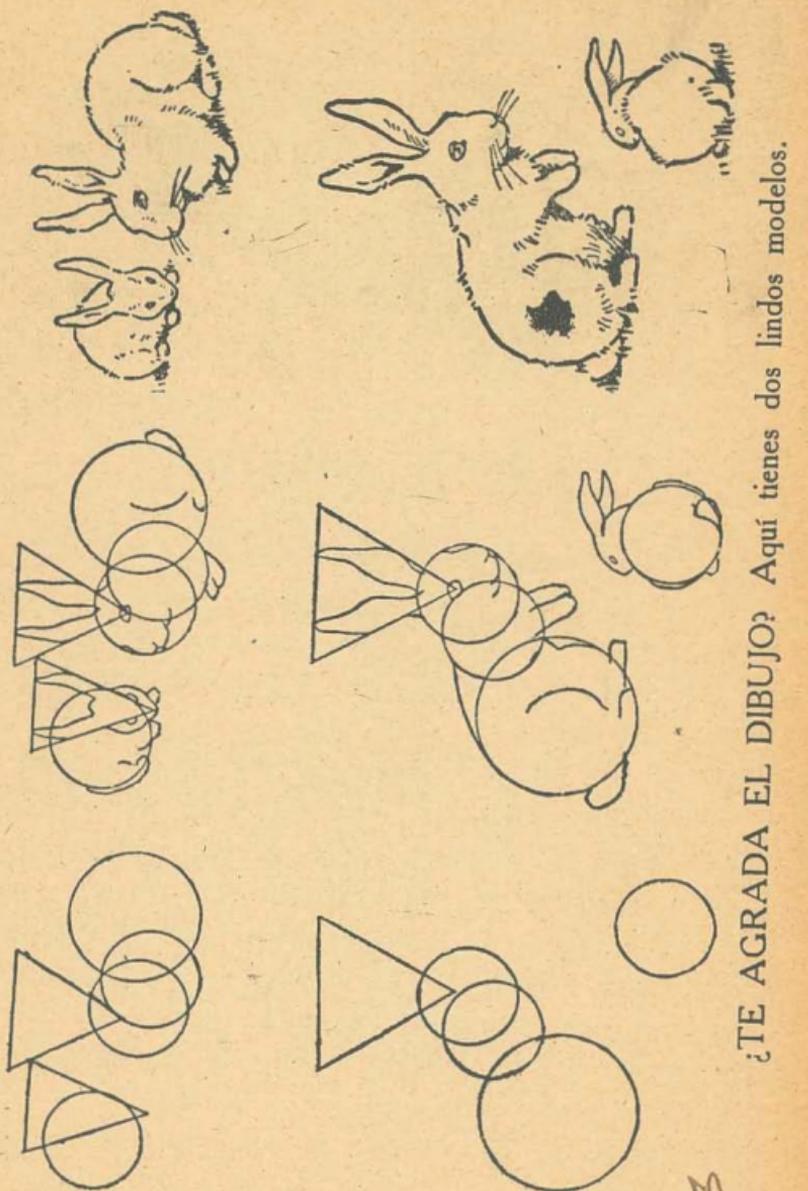


Los carpinteros

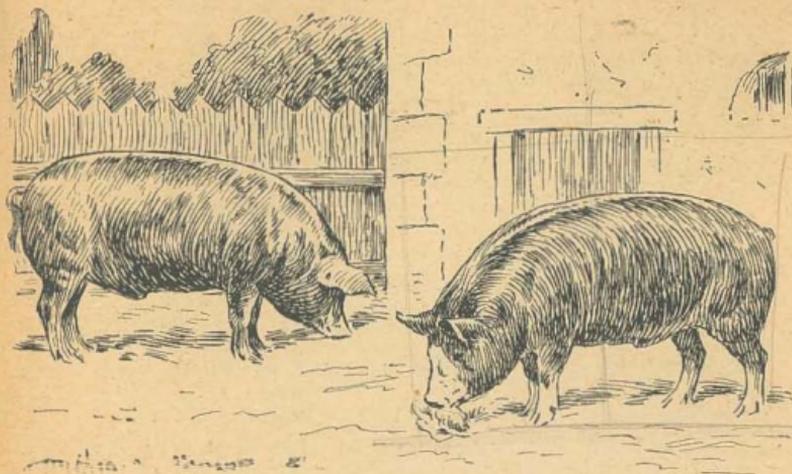
A la vuelta de mi casa hay un gran taller de carpintería. Como el dueño es amigo de papá, muchas veces voy a visitarlo, pues me interesa mucho todo lo que se refiere al trabajo de la madera.

Si de mí dependiera la elección del oficio que he de seguir, no vacilaría en decidirme por éste, para el que tengo verdadera vocación y, creo, alguna habilidad. No solamente conozco ya el nombre de muchas de las herramientas que se utilizan en carpintería, sino también su manejo, pues, aparte lo que me enseñan en la escuela, algo he aprendido en casa, con papá.

Sé, además, el nombre de las maderas extranjeras y del país que más comúnmente se emplean en el oficio, y sus características y aplicación.



¿TE AGRADA EL DIBUJO? Aquí tienes dos lindos modelos.



En la exposición

Ayer hicimos una nueva excursión. Acompañados de la señorita y de la directora, visitamos la exposición de animales y productos de granja, que se realiza anualmente.

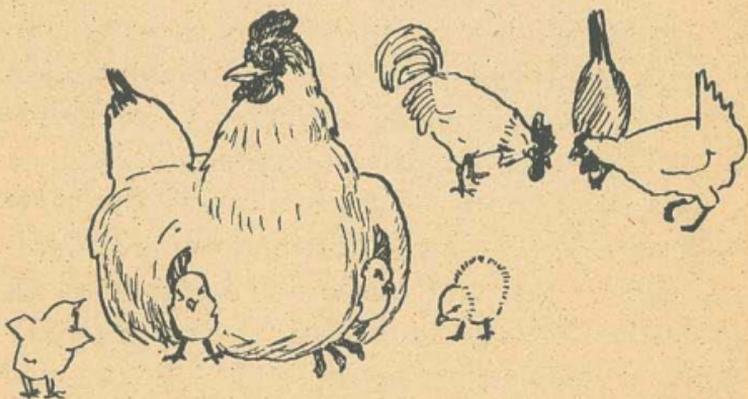
La sección que más nos interesó fué la de los cerdos. Tenían estos destinado un gran galpón, con bretes para uno o dos ejemplares, en los cerdos. Tenían éstos destinado un gran galtegorías. ¡Qué hermosos animales! Según nos dijo la maestra, algunos de ellos eran finísimos y de alto precio.

Vimos, además, la sección destinada a las aves de corral, de las que había gran variedad

de clases y de razas, como también la de los conejos.

—Para nosotros — nos dijo la señorita — estas exposiciones tienen la utilidad de enseñarnos a conocer mejor los animales de granja; para los que de estos trabajos se ocupan, tienen la importancia de demostrarles prácticamente los resultados que se obtienen en la selección de las razas y darles oportunidad de vender o adquirir ejemplares superiores de cada una de ellas.

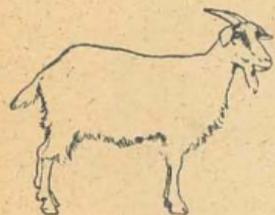
Ha sido realmente una excursión muy provechosa e instructiva para nosotros.





La cabra del señor Seguín

El señor Seguín jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo. Una mañanita, cuando menos lo esperaba, rompían la soga, escapábanse al monte y allá arriba se las comía el lobo. Parece ser que eran cabras independientes que anhelaban la libertad.



El señor Seguín, que no comprendía el carácter de sus animales, estaba afligidísimo, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa.

Sin embargo, no se desalentó, y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima.

Tenía un cercado de espinos y en él puso a su nueva protegida. En medio de la praderita clavó una estaca y cuidó de que tuviese cuerda larga. La cabra era muy feliz y rumiaba la hierba de buena gana.

—¡Gracias a Dios — pensó el pobre hombre — que al fin hay una que no se aburrirá en mi casa!

El señor Seguín se engañaba: su cabra se hastió. Cierta día díjose ésta, mirando al monte:—“¡Qué bien se debe estar allá arriba!”

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se fué quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la sogá, balando con tristeza. El señor Seguín advirtió que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué. Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su idioma:

—Oiga usted, señor Seguín, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte.

—¡Ah, Dios mío! . . . ¡También ella!—gritó el señor Seguín. Luego sentándose en la hierba junto a su cabra, le dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Con que me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo? ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguín.

—¡Valiente cosa le importan los cuernos al lobo! ¿Sabes lo que le pasó a la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año

pasado? Se las tuvo tiasas con el lobo toda la noche, y después, a la madrugada, el lobo se la comió.

—Eso no importa; déjeme usted ir al monte.

—¡No; te salvaré a despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy a encerrarte en el establo.

En seguida el señor Seguíñ llevó la cabra al establo y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y apenas volvió la espalda, marchóse de allí la pequeña . . .

Cuando llegó al monte, se sintió feliz. ¡Nunca había visto nada más bonito! ¡Cómo estaba de contenta nuestra cabrita! No más cuerda, no más estaca. Nada que la impidiese trisicar y paecer a su antojo. ¡Allí sí que había hierba! ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituída por mil plantas. ¡Qué diferencia con el césped del cercado!

La cabra, medio borracha, revolcábase, con las patas al aire, y rodaba a lo largo de las escarpadas, envuelta con las hojas. Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguíñ. Y es que a nada tenía miedo Blanquita. Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta

con una flor entre los dientes, vió abajo, allá en el llano, la casa del señor Seguín.

—¡Qué pequeño es todo eso!—dijo.—¿Cómo he podido caber allí?

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso color violeta: venía la noche. Un pajarraco la rozó con sus alas al pasar. Luego escuchó un aullido:

—Guau, guau,—decía el lobo.

Ganas le dieron a Blanquita volverse; más al recordar la estaca, la sogá y el cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse a aquella vida y que más valía quedarse en el monte. De pronto volvió la cabeza y vió entre las sombras dos orejas cortas y tiesas, y dos ojos relucientes... Era el lobo.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, díjose que quizás fuese mejor dejarse devorar en seguida. Luego, cambiando de parecer, se puso en guardia con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una cabra valiente. Entonces avanzó el monstruo y los cuernillos entraron en danza. ¡Ah, valerosa cabrita, con qué bríos acometía! Aquella lucha duró toda la noche, hasta que al fin apagáronse las estrellas unas tras otras. Blanquita redobló las cornadas y el lobo los mordiscos. Un resplandor pálido

apareció en el horizonte . . . Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo esperaba el día para morir. Y tendióse en el suelo con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre. Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

(De A. Daudet)

(Abreviado)





Saber callar

(Fábula india)

Vivía en un estanque una tortuga, con la que tenían amistad dos grullas. Frecuentemente iban éstas a visitar a su amiga, pasando con ella momentos de agradable camaradería. A la puesta del sol, las grullas regresaban a su nido, muy satisfechas del paseo, pues la tortuga, aunque charlatana en exceso, era divertida y bondadosa.

Pero he aquí que andando el tiempo, debido a una larga sequía, agotóse el estanque, viéndose la tortuga en situación desesperada por falta de agua. Las dos grullas se afligieron mucho, pues no podían permanecer insensibles a la desventura de su camarada.

—En este lugar, dijéronle, no queda sino fango; tu situación nos amarga profundamente.

—En verdad, contestó la tortuga: me será imposible vivir sin agua; pero no hay que desanimarse ante las calamidades, y yo hallaré salida a este aprieto si me prestáis ayuda. Traed un palo largo y recto y buscad un lago que ten-

ga bastante agua. Me tomaré del palo con los dientes y vosotras agarraréis de los extremos, de modo que volando podáis transportarme por los aires.

—Así lo haremos, dijeron las grullas; pero has de prometernos callar durante el viaje.

Convenido esto, las aves echaron a volar, conduciendo a su amiga colgada del trozo de madera. Pasaron así sobre campos y ciudades, hasta que los habitantes de una aldea, sorprendidos qué era lo que llevaban las grullas suspendido de esa manera, comenzaron a gritar:

—¡Mirad, mirad! . . . ¿Adónde transportarán las grullas esa rueda?

—No, exclamó alguien de pronto: no es una rueda: ¡es un queso!

—¡Una sartén! ¡Es una sartén!, dijo un muchacho.

Herida en su vanidad al ver que la confundían, la tortuga no pudo contener su indignación, y olvidando los consejos de sus amigas, quiso protestar. Pero al abrir la boca para hacerlo, soltó el palo y cayó, destrozándose contra el suelo.

Las piadosas grullas tuvieron que lamentar la pérdida de su camarada predilecta, comprendiendo, sin embargo, que sólo ésta, por no haber sabido callar, fué la culpable de su triste fin.



Despedida

El año escolar llega ya a su fin; pronto comenzarán las vacaciones.

Estamos en plena primavera. Los días se alargan y las noches se acortan.

Ya no hace frío; la vida aparece nuevamente en los jardines; las plantas se cubren de flores; los pájaros construyen sus nidos. Todo invita a abandonar la vida de estudio.

Los que hemos trabajado en el transcurso del año, disfrutaremos de nuestras bien ganadas vacaciones; somos los más. Los pocos compañeros que no podrán imitarnos, ¡cómo se arrepentirán ahora de haber perdido el tiempo!

Sin embargo, la señorita Marta les dijo que no se desanimen, que estudien en vacaciones y que la encontrarán muy cerca de ellos en febrero próximo.

¡Qué buena es la señorita Marta! Ha sido para nosotros una segunda madre. Cuando

abandonábamos la escuela, a muchos se nos caían las lágrimas. Nunca tuvo una queja de nosotros, siempre encontró motivo para excusar nuestras faltas y corregirnos suavemente, sin enojos.

¡Señorita! ¡Muchas gracias!



Gracias, señorita

Porque para todos
fué madre y amiga,
tarda en el enojo,
pronta en la sonrisa;

Porque, generosa,
nos dió sin fatiga
amparo y ternura,
saber y alegría:

Por todos los bienes
y toda la dicha
que, constante y buena,
puso en nuestra vida:

Hoy que nos marchamos,
con el alma henchida
de amor, le decimos:
—¡Gracias, señorita!

Florián Oliver.



Himno Nacional Argentino

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir,
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Oíd ¡mortales! el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un león.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar,
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.

¿No los véis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los véis sobre el triste Caracas
Luto y llantos y muerte esparcir?
¿No los véis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, ¡argentinos!,
El orgullo del vil invasor,
Vuestros campos ya pisan contando

Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brio y valor,
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sur resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la ínclita Unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo león.

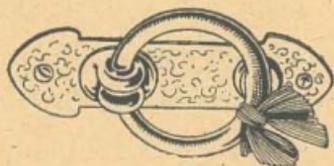
San José, San Lorenzo, Suipacha;
Ambas Piedras, Salta y Tucumán;
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos a la libertad,

Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite: ¡Mortales, oíd:
**Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidos del Sud!
Y los libres del mundo responden:
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!**

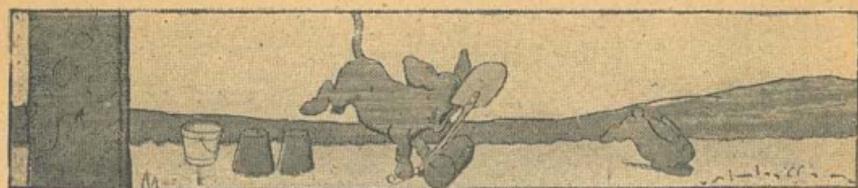
Vicente López y Planes.





INDICE

	Pág.
La víspera	7
Canto al ahorro	8
De regreso	9
Nuestra maestra	10
Una buena amiguita	12
Acuarela	14
El Ciervo	15
En la playa	17
El Lobo y la Ardilla	19
Consejos de una aguja	20
Tres recetas	22
Manuel Belgrano	23
Los pollitos	25
El sol y el viento	27
Los amigos y el oso	28
En el puerto	30
Sarmiento y los libros	32
Cuando pasan las tropas	33
Veinticinco de Mayo	36
La piedra en el camino	38
Una excursión en ómnibus	40
Como se ama a la patria	41
La bandera de Mayo	42
La lectura	43



INDICE

	Pág.
Mañana es nunca	46
El manantial	47
Las tres cosas del sabio chino Lean	49
La enfermedad de Roberto	50
Las abejas	52
Mariposas	54
El regalo de papá	55
Un fiel guardián	56
La convalecencia	57
El trabajo de la tierra	59
Un artista	61
La hora amena	62
Oración del campo	63
Consejos a los niños	64
El mimbre	67
Los tres amigos	70
Doña Incóvenientes	71
Tres buenos servidores del hombre	74
La aguja	76
Hacia la chacra de tío Fernando	77
La muñeca de Elvirita	79
Una olla	81
Gratitud de animal	83
La fábrica	85
Un buen dibujante	87



INDICE

	Pág.
La casa de la muñeca	88
El cigarillo	90
La casa de tío Fernando	92
La mancha de aceite	93
La siembra	94
Un problema	95
Los pájaros	96
Pájaro gaucho	97
La lechería	98
Los jarrones de porcelana	101
Mariano Moreno	102
Los bomberos	104
Congreso de ratones	106
La quesería	108
Un soldado argentino	109
Riquezas del hombre	110
Don Juan Díaz de Solís	111
Un accidente	113
El corral	114
Los árboles	115
Los cimientos de una gran ciudad	117
En clase de cartonado	118
Una carta de San Martín	120
Catorce buenos consejos	121
Manos ásperas	123
En el taller de alfarería	124



INDICE

	Pág.
El picapedrero javanés	126
Las manos del general San Martín	129
Arriba, trabajador	130
Consejo maternal	131
Las ventanas de oro	133
En clase de geografía	136
Los que suben y bajan	137
Los carpinteros	139
En la exposición	141
La cabra del señor Segúin	143
Saber callar	148
Despedida	150
Gracias, señorita	152
Himno Nacional Argentino	153



